

Erasmus de Rotterdam

De la urbanidad en las maneras de los niños

(De civilitate morum puerilium)

Edición bilingüe

Traducción y presentación

Agustín García Calvo

Edición y comentario

Julia Varela



Centro de
Investigación y
Documentación Educativa

c i d e

De la urbanidad
en las maneras
de los niños

Erasmus de Rotterdam

De la urbanidad
en las maneras
de los niños
(De civilitate morum puerilium)

Edición Bilingüe

Traducción y presentación
Agustín García Calvo

Edición y comentario
Julia Varela



1ª edición, junio 1985

2ª edición, febrero 2006



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
Secretaría General de Educación
Dirección General de Educación, Formación Profesional
e Innovación Educativa
Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE)

Edita

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General de Información y Publicaciones

NIPO: 651-06-039-8

ISBN: 84-369-4172-1

Depósito Legal: M-9933-2006

Diseño y maquetación: Margarita Cabañas

Impresión: OMAGRAF, S.L.



Presentación

¿Cuál puede ser el interés de volver a publicar, a la vuelta de cuatro siglos y medio, este tratadillo o manualito de reglas de urbanidad, que un egregio humanista escribió para el buen comportamiento de niños muertos hace cuatrocientos años? No lo sé por cierto, pero tal vez pueda reducir la pregunta a otra más modesta: ¿qué es lo que a mí me ha interesado en él, instruido o deleitado, al cumplir esta laborcilla de traducirlo en castellano un poco viejo, que trata de guardar algo de las sales del moderno latín del humanista? Pues aparte del gusto del lenguaje, pienso que habrán sido un par de cosillas como las siguientes.

Una, la ocasión de parar mientes en este género de obras: ¿para qué sirven los libros destinados a la educación de los muchachos? Porque ¿quién podrá creerse de veras que hayan servido nunca para la educación de los muchachos, esto es, para determinar su comportamiento por obediencia, ni tampoco mucho del revés, mostrándoles pautas para la desobediencia?

O quizá sí, en un sentido más bien doble que sencillo: a saber, que si en un librito dice “Póngase el cuchillo a la derecha” o

“Ante persona de respeto se debe estar de pie, doblando ligeramente la rodilla izquierda”, eso lo que hace es enunciar una regla que ya de antes en la Buena Sociedad está rigiendo, de modo que en el librito no se dicta la ley, sino que se da constancia de su vigencia. Así que, al informar a los que leyeren de la presencia de la ley, produce probablemente, por una parte, en aquel que ya por presiones más directas la ha recibido y obedece, el doble efecto de confirmarle en que hace bien y está en lo cierto, animándole así a perseverar en ello, a la vez que le revela que su comportamiento espontáneo era obediencia de una ley pública y notoria, quitándole, por tanto, ánimos para la obediencia, que nacen sobre todo de esa confusión que toma lo impuesto por espontáneo, lo público por peculiar de uno; y produce, por otra parte, en el que no la había recibido antes en sus carnes ni la conocía, el efecto asimismo doble de incitarle a someterse a ella ahora, por vía secundaria o literaria, ganando así un lugar en la Buena Sociedad o Normalidad, mientras le incita también a resistirse a ella, como medio de mantenerse fiel a sí mismo y afirmar su personalidad independiente. Que lo uno y lo otro sirven, equitativamente, a la perseverancia y a la mutación de las modas, modales y maneras, a fin de asegurar en conjunto la permanencia de la ilusión, fundamental para la sociedad entera, de una conjugación armoniosa entre la sumisión a la ley común y la independencia de la personalidad propia.

O, si no sirven para nada, ¿qué es lo que hacía que se escribieran? Porque lo cierto es que de Erasmo para acá, o desde algo antes, con algunas de las obrillas pedagógicas de Luis Vives, por ejemplo, se han venido escribiendo, y a veces con notable éxito de venta, durante los cuatro siguientes siglos hasta comienzos del presente: pues bien recuerdo que todavía mi abuela Quintina de niño a veces me amenazaba con comprarme un tratado de Urbanidad.

O más bien, ¿es que no se siguen produciendo? Sería bien extraño, viendo lo casi nada que las costumbres de los hombres han cambiado a lo largo no de esos cuatro siglos, sino de la historia entera (“costumbres” digo refiriéndome a los engaños y convicciones fundamentales que rigen sus tratos, no a las modas y modales, que justamente por ello han de cambiar a velocidad progresivamente acelerada), extraño sería que no siguieran entre nosotros produciéndose análogos recetas educativas.

Y siguen, claro: lo que pasa es que andaba yo demasiado desentendido de los campos culturales oportunos; pero me basta recapacitar un rato sobre las noticias que distraídamente me llegaban, para reconocer que la única diferencia es la consabida de que progresivamente han venido Estado y Capital haciéndose más cargo de los manejos culturales, pero que, por lo demás, lo mismo en los textos de “Educación Social” o de “Ética” que los padres compran para sus hijos escolares, llegando en el extremo del delirio a los de “Educación Sexual” (que esto ni Erasmo o Vives ni la Buena Juanita se atrevían más que a rozarlo; pero para eso está el Progreso), como también en el componente moralizante de las historietas ilustradas o películas infantiles que el Comercio les hace consumir en cantidades ingentes a nuestras criaturas actuales, desde los memos monigotes ejemplares que se les ofrecen a los tiernos retoños a la edad en que ha poco aprendían a escribir MI MAMÁ ME AMA, hasta las fotovelitas de modestos escauceos eróticos para muchachas de trece a quince (¿y no es cierto que se repiten, bajo máscaras de marcianos y astronautas, los mismos esquemas morales que regían hace un siglo el *Corazón de Amicis*?; y nadie venga aquí a escandalizárase de que al mismo tiempo se les impongan a los pobres, por tebeos a teuves, las muestras de violencia heroica para machitos y de morbo para futuras mujercitas, de que a veces protestan algunos tiernos críticos:

pues siempre la programación de las almas pueriles ha constado de esas dos partes contradictorias y complementarias, estupidez y tortura y lo uno va justamente con lo otro), en todo ello, en fin, reconocemos las producciones, correspondientes a nuestro estado de cultura, homólogas de los manuales de Urbanidad y cuentos moralizantes que producía la Literatura de los siglos anteriores.

Y aun acaso ese fácil reconocimiento nos ayude a responder un poco a la cuestión que se nos planteaba: servían sin duda y sirven tales producciones, por virtud del asentamiento por escrito o con las imágenes sustitutivas, para que, al dar una consagración y aparente firmeza a las cambiantes modas de comportamiento, se promueva una seguridad de que hay allá arriba alguna instancia en que se dictan absolutamente las leyes de las prácticas humanas, una seguridad en que hay criterios ideales válidos y fijos de distinción entre bárbaros y civilizados, entre patanes y gente bien y, en definitiva, entre bien y mal, apagando al paso debidamente en los corazones de los niños el sentimiento que, por debajo de las normas, corría acaso peligro de decirles que lo que es bueno es lo bueno y malo lo que es lo malo.

Luego, en segundo lugar, este trabajillo de traducir el *De ciuilitate morum puerilium* me hacía también un tanto intrigante la relación entre semejante género de escritura y las otras producciones, llamadas humanísticas, de Erasmo y de los otros *uiri docti* de la época y aun de otros de las anteriores, de los viejos renacimientos medievales, donde se produjo la colección de aleluyas educativas de los *Disticha Catonis* que, bajo el nombre del antiguo censor, dictaban normas para el comportamiento de los muchachos con tal éxito que durante muchos siglos, a través de versiones en verso o prosa, vinieron a cuajar en el subgénero de los catones, que acompañaban en las escuelas los segundos pasos del aprendizaje de las letras; o remontándome todavía más, producciones en

el Imperio de otros doctos varones, como Plutarco, de quien nos han quedado obrillas como *De la educación de los niños* (*Peri paídon agōgês*), o *Recomendaciones de higiene*, o *De cómo debe el joven oír las poesías*.

Pero, en suma, ¿qué tendrán que ver, que tantas veces iban de la mano, la Filología, la Gramática, la Literatura y las Humanidades en general, con la labor de dirección de la conducta y formación de las almas infantiles? Porque, a primera vista, nada más chocante que, por ejemplo, la penetrante crítica de textos y actividad gramatical de Erasmo con su papel, aparente en este opúsculo, de dictaminador de normas vigentes sobre las buenas maneras de los niños a la mesa, en la misa o en el dormitorio: pues pocas cosas más propias –se diría– que el análisis de los errores en la transmisión de los textos antiguos, corazón de toda filología, o que el descubrimiento del sistema de una lengua y de la lengua, que es el arte de la Gramática, para dejar al descubierto la vanidad y engaño que constituyen las normas morales de los hombres.

Y de hecho, ¿no miraban con suspicacia las jerarquías de la Iglesia y los representantes de la moral tradicional a los nuevos humanistas, que a través de la Gramática iban a corromper las almas de los jóvenes?, ¿no seguía la Inquisición, un siglo después de Erasmo, procesando a Sanctius el Brocense y metiendo en la lista de los *auctores damnati* a Erasmo mismo? Y, sin embargo, he aquí que tiene Erasmo que ponerse a dar preceptos a los pimpollos de la Buena Sociedad sobre cómo deben colocarse la servilleta o con qué vocativos dirigirse a las personas reverendas, y que, en general, parece que el primer acto gramatical de una vida, que es el aprendizaje de la escritura, ha tenido constantemente que acompañarse de recomendaciones piadosas sobre el buen comportamiento.

Podría responderme a la cuestión sencillamente pensando que se trata de un caso de competición: los humanistas como

Erasmus, en gracia acaso de la lucidez que en sí reconocen por la práctica de la filología y la gramática, aspiran por lo bajo a reemplazar en las funciones de dirigir las almas juveniles a los viejos curas de almas y a las autoridades fundadas en textos plagados de barbarie de las épocas tenebrosas, y así es natural que entre los fundadores de la Educación futura o moderna y los detentadores de la Educación de siempre se trabase una pugna que lo mismo se manifestaría en los mutuos intentos de asimilación que en las condenas mutuas.

Pero pienso más bien que hay en esa conexión entre Gramática y Conducta (que lo es entre la más pura teoría y la más inmediata praxis) algunos hilos más profundos, que hacen que el dómine encargado de enseñar el latín a los niños y de descubrirles, con fórmulas más o menos fieles o falaces, las reglas que rigen la sintaxis de la lengua se sienta muchas veces en virtud de ello titulado para formularles las reglas que deben regir sus pasos y gestos en los tratos con la Sociedad; cosas ambas que se juntan bastante bien en el desarrollo de la palabra *pedante*, con *pedantear*, *pedantesco* y *pedantería*: algo, en fin, en el sentido de que el peligro de descubrimiento o vuelta a conciencia de la convención gramatical, que está por debajo de todas las culturas, trata en seguida de conjurarse confirmando con el mayor escrúpulo y respecto, al menos aparente (¿quién dirá lo en broma o lo en serio que Erasmo hablaba al escribir ese manualito?), las convenciones y reglas de sintaxis de la construcción social; que no es lugar aquí para seguir desentrañando esas conexiones.

Y otra cosa, en fin, que me llamó la atención (y con la que esta presentación del opúsculo se termina) fue al ir leyendo la primera parte (capítulos II-XI), en que se dan reglas para la compostura y gracias de la cara y de los miembros: pues ello es que si bien en un par de ocasiones el propio Erasmo se da cuenta de que está entrando en terrenos de competencia entre las condiciones de natura y la consciente y voluntaria modu-

lación de muecas y ademanes, justificándose al paso por lo de que la usanza puede hacerse natura y que no es tan clara la linde entre lo uno y lo otro, lo cierto es que a ratos parece que, llevado de su ferviente ideal y buen deseo, les está el autor recomendando a los niños que sean guapos y bien plantados (un poco al modo que prescriben los refranes cosas como “Mea claro y péete fuerte, y ríete de la muerte”), lo cual se conforma cuando en dos lugares acude por contramodelo al recuerdo de Sócrates con las tachas, que sobre él pesaban por tradición antigua, de tener los ojos abiertos en redondo como de pasmo y de dejar ver, por lo respingón de la nariz sin duda, mucosidades o cazcarrias.

Pues el punto está en que, al casi amenazar el maestro de conductas con saltar esa linde entre *phýsis* o natura y *thésis* o convención, que aquí es más bien entre *phýsis* y *prâxis* o actividad (consciente y voluntaria), acierta, más o menos inintencionadamente, a poner en tela de juicio la noción misma de *êthos* o manera de ser, en torno a la que gira todo el aparato de la Moral (y de la Política con ella, naturalmente), y acaso apunta, con suerte, al corregir y regular los comportamientos sociales de los niños, para hacerlos así a todos cortes, urbanos, biennacidos y liberales, hacia aquella otra aspiración, en cierto modo inversa, que es la de corregir y regular a Natura misma; quiero decir, remediar la más profunda de las injusticias, y que es sin duda el fundamento de todas las posteriores o sociales, que es la injusticia de que los haya guapos y feos, biimplantados y malplantados, desgraciado y graciosos; por no citar la forma más cruda de aparecer esa injusticia, que es la diferencia de clases entre las hermosas y las no hermosas.

Zamora, noviembre de 1984.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Nota sobre el texto latino

El que aquí se ofrece, lo he establecido compulsando el de la edición de París 1537 (DE CIVILITATE MORVM PVERILIVM per D. Erasmum Roterodamum libellus ab autore recognitus. Gisbertij Longolij Vltraiectini in eundem Scholia, à mendis non paucis repurgata. Parisiis, In officina Christiani Wecheli, sub scuto Basiliensi, in uico Iacobaeo. Anno M.D.XXXVII.) con el que recoge la edición bilingüe de Pin y Soler [ERASME. LLIBRE DE CIVILITAT PUERIL (De Civilitate morum puerilium) Ara per prima volta publicat en catalá traduit y anotat per J. Pin y Soler Barcelona Lliberia L'AVENÇ, Rambla de Catalunya, 24. 1912] corrigiendo algunos errores y saltos de texto de la una con la otra, aceptando la división en capitulillos y los subtítulos de la primera, pero haciendo por mi cuenta la división en párrafos, dejando la ortografía que me parecía más probable para las costumbres de Erasmo y su tiempo, pero repuntando el texto entero, espero que no sin cierta congruencia, dentro del desorden y vacilación de normas que sigue rigiendo en la puntuación así del latín como de las nuevas lenguas literarias.

A.G.C.





Desid. Erasmus Roterodamus. Generoso cum primis et optimæ spei puero Henrico a Burgundia, Adolphi principis Veriani filio, Salutem.

Si ter maximum illum Paulum non piguit omnia fieri omnibus, quo prodesse posset omnibus, quanto minus ego gravari debeo iuvandæ iuventutis amore subinde repuerascere! Itaque, quemadmodum pridem ad Maximiliani fratris tui primam adolescentiam memet accommodavi, dum adolescentulorum formo linguam, ita, Henrice suavissime, nunc me ad tuam attempero pueritiam, de puorum moribus præcepturus, non quod tu hisce præscriptis magnopere egeas, primum ab incunabulis inter aulicos educatus, mox nactus Iohannem Crucium, tam insignem formandæ rudis ætatis artificem, aut quod omnia quæ præscribemus ad te pertineant, et e principibus et principatui natum, sed ut libentius hæc ediscant omnes pueri, quod amplissima fortunæ summæque spei puero dicata sint. Nec enim mediocre calcar addet universæ pubi, si conspexerint heroum liberos a primis statim annis dicari studiis, et in eodem cum ipsis stadio currere.



Dedicatoria

Des. Erasmo de Rotterdam, al niño Enrique de Bogoña, del más alto linaje y las más halagüeñas esperanzas, hijo de Adolfo, príncipe de Veere, salud.

Si a aquel tres veces grande Pablo no le pesó de convertirse en todas las cosas para todos, a fin de que a todos pudiera ser útil, ¡cuánto menos debo yo tomar a mal el volverme, por mor de hacer bien a la juventud, de vez en cuando niño! Del mismo modo que antes me acomodé a mí mismo a la adolescencia de Maximiliano de Borgoña, tu hermano, mientras estaba educando la lengua de los adolescentes, así ahora, mi muy dulce Enrique, me atempero a tu niñez al ir a dictaminar sobre las maneras de los niños, no porque tú de tales dictámenes tengas mayor falta, criado, lo primero, desde la cuna entre cortesanos y habiendo, luego, encontrado a Juan Crucio, tan distinguido artífice en la formación de la inexperta edad, o porque todos los preceptos que demos a ti te atañan, nacido como eres de príncipes y para el principado, sino a fin de que con más agrado aprendan estas cosas los niños todos por el hecho de que estén dedicadas a un niño de la más larga fortuna y de las más altas esperanzas. Pues no es tampoco floja espuela la que se aplique a la juventud en general si llegan a ver que los hijos de los héroes al punto ya desde los primeros años a los estudios se dedican y por un mismo estadio con ellos van corriendo.

Munus autem formandi pueritiam multis constat partibus, quarum sicuti prima ita pæcipua est, ut tenellus animus imbibat pietatis seminaria; proxima, ut liberales disciplinas et amet et perdiscat; tertia est, ut ad vitæ officia instruatur; quarta est, ut a primis statim ævi rudimentis civilitati morum assuescat.

Hanc postremam nunc mihi proprie sumpsi. Nam de superioribus quum alii complures tum nos quoque permulta scripsimus.

Quanquam autem externum illud corporis decorum ab animo bene composito proficiscitur, tamen incuria præceptorum nonnumquam fieri videmus, ut hanc interim gratiam in probis et eruditis hominibus desideremus.

Nec inficior hanc esse crassissimam Philosophiæ partem, sed ea, ut sunt hodie mortalium iudicia, plurimum conducit et ad conciliandam benevolentiam, et ad præclaras illas animi dotes oculis hominum commendandas.

Decet autem ut homo sit compositus animo, corpore, gestibus, ac vestitu; sed in primis pueros decet omnis modestia, et in his præcipue nobilis. Pro nobilibus autem habendi sunt omnes qui studiis liberalibus excolunt animum. Pingant alii in clupeis suis leones, aquilas, tauros, et leopardos: plus habent veræ nobilitatis qui pro insignibus suis tot possunt imagines depingere quot perdidicerunt artes liberales.

Ahora bien, el cargo de formar a la niñez consta de muchas partes, de las cuales la que es tanto principal como primera consiste en que el ánimo ternezuelo se embeba de las aguas seminales de la divina piedad; la siguiente, que, tomando amor a las enseñanzas liberales, las aprenda bien; es la tercera que se instruya para los deberes y oficios de la vida; la cuarta, que en seguida ya desde los primeros rudimentos se acostumbre a la urbanidad en las maneras.

Esta última es la que hoy he tomado a mi cargo como propia. Pues acerca de las anteriores, así otros en gran número como también nosotros mismos, mucho hemos ya puesto por escrito.

Pero aunque es cierto que aquel decoro exterior de cuerpo procede de un alma bien compuesta, por descuido de los preceptores vemos que sucede a veces que esta gracia hemos de echarla en ocasiones de menos en hombres de bien y muy letrados.

Y no voy a negar que es ésta la parte más grosera de la filosofía; pero ella, tal como son hoy en día los juicios de los mortales, es muy mucho conducente tanto a ganarse la benevolencia cuanto a hacer aceptar a los ojos de los hombres aquellas otras preclaras dotes del alma.

Ello es que es bien que el hombre entero esté bien compuesto en alma, en cuerpo, en acciones y en vestimenta; pero principalmente a los niños les sienta bien a todos la compostura, y entre ellos, a los nobles sobre todo.

Y por nobles han de tenerse todos aquellos que cultivan su alma con los estudios liberales. Pinten otros en sus escudos leones, águilas, toros y leopardos: más tienen de nobleza verdadera los que por enseñanzas tuyas pueden pintar tantas imágenes cuantas artes liberales hayan aprendido.

Vt ergo bene compositus pueri animus undique reluceat (reluet autem potissimum in vultu), sint oculi placidi, verecundi, compositi: non torvi, quod est truculentiaë; non improbi, quod est impudentiaë; non vagi ac volubiles, quod est insaniaë; non limi, quod est suspiciosorum et insidias molientium, nec immodice diducti, quod est stolidorum, nec subinde conniventibus genis ac palpebris, quod est inconstantium, nec stupentes, quod est attonitorum, id quod in Socrate est notatum, nec nimium acres, quod est iracundiaë signum; non innuentes ac loquaces, quod est impudiciaë signum, sed animum sedatum ac reverenter amicum præ se ferentes.

Nec enim temere dictum est a priscis sapientibus, animi sedem esse in oculis.

Picturaë quidem veteres nobis loquuntur, olim singularis cuiusdam modestie fuisse semiclusis oculis obtueri; quemadmodum apud Hispanos quosdam semipætos intueri blandum haberi videtur et amicum. Itidem ex picturis discimus, olim contractis strictisque labiis esse probitatis fuisse argumentum.

Sed quod suapte natura decorum est, apud omnes decorum habebitur; quamquam in his quoque decet interdum nos fieri polypos, et ad regionis morem nosmet attemperare.

Iam sunt quidam oculorum habitus, quos aliis alios addit natura, qui non cadunt sub nostras præceptiones, nisi quod incompositi gestus non raro vitiant non solum oculorum,

A sí pues, a fin de que el ánimo bien compuesto del niño reluzca por doquiera (y reluce más que nada en el semblante), sean los ojos plácidos, pudorosos, llenos de compostura: no torvos, lo que es señal de ferocidad; no maliciosos, que lo es de desvergüenza; no errantes y volvedizos, que es signo de demencia; no bizqueantes, que es propio de suspicaces y maquinadores de trampas, ni desmesuradamente abiertos, que lo es de estúpidos, ni apiñados a cada paso con párpados y mejillas, que lo es de inestables, ni estupefactos, que lo es de pasmados, cosa que se ha puesto por tacha en Sócrates, ni demasiado penetrantes, que es seña de iracundia, tampoco insinuadores y habladores, que es seña de impudicia; no, sino tales que revelen en sí un ánimo sosegado y respetuosamente amigable.

Y es que no en vano se ha dicho por boca de antiguos sabios que la sede del alma está en los ojos.

Por otra parte, las pinturas viejas nos hablan de que fue antaño propio de una cierta compostura singular el mirar con los ojos medio cerrados, así como entre algunos españoles el mirar guiñando los ojos parece ser que se tiene por amigable y halagador. Asimismo, de las pinturas aprendemos que antaño el ser de labios recogidos y apretados era prueba de virtud.

Pero aquello que es por natura hermoso, por hermoso se tendrá entre los hombres todos. Aunque es verdad que también en esto es bien que a las veces nos volvamos pulpos y a la usanza de la región nos atemperemos.

Hay, en fin, ciertas condiciones de los ojos que diversas a unos que a otros Natura les aporta, que no caen bajo el dominio de nuestros preceptos; salvo que las gesticulaciones des-arregladas no pocas veces estragan la condición y forma no ya de los ojos, sino también del cuerpo entero; y al revés, las

verumetiam totius corporis habitum ac formam. Contra compositi, quod natura decorum est, reddunt decentius; quod vitiosum est, si non tollunt, certe tegunt minuuntque.

Indecorum est clauso oculorum altero quenquam obtueri. Quid enim hoc aliud est quam seipsum eluscare? Eum gestum thunnis ac fabris relinquamus.

III

Sint exporrecta supercilia, non adducta, quod est torvitatatis; non sublata in altum, quod est arrogantiae; non in oculos depressa, quod est male cogitantium.

IV

Frons item hilaris et explanata, mentem sibi bene consciam et ingenium liberale præ se ferens; non in rugas contracta, quod est senii; non mobilis, quod est herinaceorum; non torva, quod est taurorum.

V

Naribus absit mucoris purulentia, quod est sordidorum. Id vitium Socrati philosopho datum est probro. Pileo aut veste emungi, rusticanum; brachio cubitove, salsamentariorum; nec multo civilius id manu fieri, si mox pituitam vesti illinas. Stropholis excipere narium recrementa, decorum, idque paulisper averso corpore, si qui adsint honoratiores. Si quid in solum deiectum est emuncto duobus digitis naso, mox pede proterendum est.

bien ordenadas aquello que por natura es hermoso más hermoso lo vuelven, lo que es defectuoso, si no lo suprimen, al menos lo disimulan y disminuyen.

Cosa fea es mirar a alguien cerrando uno de los ojos: pues ¿qué otra cosa es eso sino hacerse uno mismo tuerto? Dejémosles a los atunes y a los herreros esa mueca.

III

 stén las cejas distendidas, no contraídas, que es cosa de torvedad; no estiradas para arriba, que es de arrogancia; no apretadas para abajo contra los ojos, que es de quienes tienen malas intenciones.

IV

 a frente, asimismo, alegre y despejada, mostrando en sí un alma bien avenida con su conciencia; no replegada en arrugas, que es propio del viejo; no móvil de piel, que lo es de los erizos; no torva, que lo es de los toros.

V

 as narices estén libres de purulencia de mucosidad, lo que es cosa de sucios; vicio este que también a Sócrates el filósofo se le achacó por tacha. Limpiarse el moco con el gorro o con la ropa es pueblerino; con el antebrazo o con el codo, de pimenteros; ni tampoco es mucho más civilizado hacerlo con la mano, si luego has de untarle el moco a la ropa. Recoger en pañizuelos el excremento de las narices es decente, y eso, volviendo de lado por un momento el cuerpo, si hay otros de más dignidad delante. Si algo de ello se ha arrojado al suelo, al haberse sonado la nariz con los dos dedos, ha de refregarse luego con el pie.

Indecorum est subinde cum sonitu spirare naribus: bilis id indicium est. Turpius etiam ducere ronchos, quod est furiosorum, si modo fiat usu; nam spiritosis, qui laborant orthopnoea, danda est venia.

Ridiculum, vocem naribus emittere: nam id cornicinum est et elephantorum. Crispare nasum irrisorum est et sannionum.

Si aliis praesentibus incidat sternutatio, civile est corpus avertere; mox ubi se remiserit impetus, signare os crucis imagine; item, sublato pileo, resalutatis qui vel salutarunt vel salutare debuerant (nam sternutatio, quemadmodum oscitatio, sensum aurium prorsus aufert), precari veniam aut agere gratias.

Alterum in sternutamento salutare, religiosum; et si plures adsunt natu maiores qui salutant virum aut feminam honorabilem, pueri est aperire caput.

Porro vocis tinnitum studio intendere aut data opera sternutamentum iterare, nimirum ad virium ostentationem, nugonum est. Reprimere sonitum quem natura fert, ineptorum est, qui plus tribuunt civilitati quam saluti.

VI

Malas tingat nativus et ingenuus pudor, non fucus aut adscitus color.
Quamquam is quoque pudor sic temperandus est, ut nec vertatur in improbitatem nec adducat *dysōpiān* stuporem, et quartum, ut habet proverbium, insaniae gradum. Quibusdam enim hic affectus tam impotens insitus est, ut reddat deliranti simillimum.

Cosa fea es andar espirando con ruido por las narices: indicio de cólera es ello. Más indecente todavía, lanzar ronquidos, lo que es de delirantes, si es que se hace por hábito; pues a los asmáticos, que padecen de resuello, ha de dárseles venia.

Ridículo es echar la voz por la nariz, que es ello cosa de trompeteros y de elefantes. Arrugar la nariz es de mofadores y burlones.

Si estando otros presentes sobreviene un estornudo, es urbano volver de lado el cuerpo; después, cuando el ímpetu haya remitido, signarse la cara con la señal de la cruz, y luego, quitándose el gorro, devuelto el «Salud» a los que lo han pronunciado o debían haberlo hecho (pues el estornudo, del mismo modo que el bostezo, quita de momento el sentido del oído), pedir perdón o dar las gracias.

Decir a otro «Salud» en el trance del estornudo es uso de religiosidad, y si están presentes otros más de mayor edad que dan «Salud» a hombre o mujer honorable, propio del niño es descubrirse la cabeza.

Al mismo propósito, el aumentar adrede el estampido de la voz o repetir intencionadamente el estornudo (es de creer que para hacer gala de las fuerzas) es propio de payasos. Reprimir el ruido que natura ocasiona es de tontos, que pagan tributo más a la urbanidad que a la salud.

VI

Las mejillas tñíalas el pudor natural y biennacido, no afeite ni color postizo.

Pero aun ese pudor ha de atemperarse de tal modo que ni se tuerza en malicia ni traiga consigo *dysōpīān*, «recelo» o «timidez» y atontamiento y lo que el proverbio llama cuarto grado de la demencia. Pues hay en algunos que está esa pasión tan poderosamente inserta como para volverlo a uno semejante a quien está fuera de quicio.

Temperatur hoc malum, si puer inter maiores assuescat, et comœdiis agendis exerceatur.

Inflare buccas fastus indicium est; easdem demittere, est animus despondentis; alterum est Thrasonis, alterum Iudæ proditoris.

VII

s nec prematur, quod est metuentis alterius halitum haurire, nec hiet, quod est morionum, sed leniter osculantibus se mutuo labris coniunctum sit.

Minus etiam decorum est subinde porrectis labiis veluti poppysmum facere; quanquam id magnatibus adultis per mediam turbam incedentibus condonandum est: illos enim decent omnia: nos puerum formamus.

VIII

i fors urgeat oscitatio nec detur averti aut cedere, strophio volave tegatur os, mox imagine crucis obsignetur.

Omnibus dictis aut factis arridere, stultorum est; nullis arridere, stupidorum. Obscene dictis aut factis arridere nequitia est.

Cachinnus et immodicus ille totum corpus quatiens risus, quem ob id Græci *synkróusion* appellant, nulli decorus est ætati, nedum pueritiæ. Dedecet autem quod quidam ridentes hinnitum edunt.

Indecorus et ille qui oris rictum late diducit, corrugatis buccis, ac nudatis dentibus, qui caninus est et sardonius dicitur.

Se atempera este mal si el niño se acostumbra a vivir entre los mayores y si se ejercita en representar comedias.

Inflar los carrillos es indicio de soberbia; dejarlos colgantes, de quien pierde el ánimo y desespera; lo uno es propio de un Trasón; lo otro, de Judas el traidor.

VII

La boca ni se la tenga apretada, que es propio de quien teme inhalar el aliento del otro, ni abierta de par en par, que lo es de imbéciles, sino esté compuesta con los labios besándose entre sí ligeramente.

Poco decoroso es también el ir a cada paso con los labios repulgados haciendo como chasquidos; aunque es cosa que a los magnates adultos, cuando atraviesan por medio de la turba-multa, hay que consentírselo: pues a éstos todo les es decoro: nosotros estamos formando a un niño.

VIII

Si por ventura apretare el bostezo y no se ofreciere modo de desviarse o retirarse, con un pañuelo o con la palma de la mano cúbrase la boca, sígnese la luego con la seña de la cruz.

Reírse a todos los dichos o hechos que surjan es de ton-tuelos; no reírse a ninguno, de estúpidos. A los dichos o los hechos obscenos es perversidad reírles.

La carcajada y aquella inmoderada risa que sacude todo el cuerpo, a la cual por ello llaman los griegos *synkrúision* «contrachocante», para ninguna edad es decorosa, cuanto menos para la niñez. Contra decoro es asimismo aquello de que algunos al reírse lanzan un relincho.

Poco decorosa también aquella risa que estira a todo lo ancho la raja de la boca, replegándose los carrillos y des-

Sic autem vultus hilaritatem exprimat, ut nec oris habitum dehonestet nec animum dissolutum arguat.

Stultorum illæ voces sunt «Risū diffluo, risū dissilio, risū emorior»; et si qua res adeo ridicula inciderit, ut nolentibus eiusmodi risum exprimat, mappa manuve tegenda facies.

Solum aut nullam evidentem ob causam ridere, vel stultitiæ tribuitur vel insaniæ. Si quid tamen eiusmodi fuerit obortum, civilitatis erit aliis aperire risus causam, aut si non putes proferendam, commentitium aliquid adferre, ne quis se derideri suspicetur.

Superioribus dentibus labrum inferius premere, inurbanum est; hic enim est minantis gestus; quemadmodum et inferioribus mordere superius.

Quin et labrorum oras lingua circumvoluta subinde lambere, ineptum. Porrectioribus esse labris et velut ad osculum compositis olim apud Germanos fuisse blandum indicant illorum picturæ. Porrecta lingua deridere quemquam, scurrile est.

Aversus expuito, ne quem conspuas aspergasve. Si quid purulentius in terram reiectum erit, pede, ut dixi, proteratur, ne cui nauseam moveat. Id si non licet, linteolo sputum excipito.

Resorbere salivam inurbanum est, quemadmodum et illud quod quosdam videmus non ex necessitate, sed ex usu, ad tertium quodque verbum expuere.

Quidam indecore subtussiunt identidem inter loquendum, idque non ex necessitate, sed ex more: is gestus est mentientium, et inter dicendum quid dicant commincentium.

nudándose los dientes, que es risa perruna, y se llama también sardónica.

Expresa el rostro la hilaridad de tal manera que ni afee la traza de la cara ni arguya un espíritu disoluto.

De necios son aquellas frases de «Me deshago de risa», «De risa estallo», «Me muero de la risa». Y si se presentare alguna cosa a tal punto risible que, aun contra voluntad de uno, le arranque una risa de ese orden, con la servilleta o con la mano debe cubrirse el rostro.

Reírse uno solo o por ningún motivo manifiesto, bien se atribuye a necedad o bien a demencia. Con todo, si algo de eso le hubiere ocurrido a uno, de urbanidad será manifestarles a los otros el motivo de la risa, o si no juzga uno que deba revelarse, aducir algún motivo inventado, no vaya alguien a sospechar que es por él la risa.

Oprimir con los dientes de arriba el labio inferior es descortés, pues es esa mueca de quien amenaza; del mismo modo que morder el de arriba con los inferiores.

Ítem más, andar a cada paso con la lengua alrededor lamiendo los bordes de los labios es impropio. El estar con los labios un tanto repulgados y como dispuestos para el beso, pinturas de alemanes nos muestran que se tuvo antaño entre ellos por halagador. Reírse de alguien estirando la lengua para fuera es cosa de bufones.

Escupe volviéndote de lado, no vayas a escupir sobre alguno o salpicarle. Si algo un tanto gargajiento se hubiere arrojado a tierra, refriéguese, como ya he dicho, con el pie, no vaya a darle a alguno náuseas. Si eso no es dado, recoge el esputo con un pañuelo.

Sorberse la saliva es descortés, así como lo es aquello que a algunos, no por necesidad, sino por usanza, vemos hacer, escupir a cada tres palabras.

Algunos, indecorosamente, emiten de vez en vez una tosecilla mientras están hablando, y ello no por necesidad, sino de

Alii minus etiam decore ad tertium quodque verbum erucant; quæ res si a teneris annis abierit in consuetudinem, hæret etiam in grandiores ætatem.

Idem sentiendum de screatu, quibus nominibus a servo notatur Terentianus Clitipho.

Si tussis urgeat, cave ne cui in os tussias; et absit ineptia clarius tussiendi quam natura postulet.

Vomiturus secede: nam vomere turpe non est; sed ingluvie vomitum accersisse deforme est.

IX

Dentium mundities curanda est; verum eos pulvisculo candidare puellarum est; sale aut alumine defricare, gingivæ perniciosum; idem lotio facere, Iberorum est.

Si quid inhæsit dentibus, non cultello, non unguibus, canum feliumve more, non mantili eximendum est, sed vel lentisci cuspide, vel penna vel ossiculis e gallorum aut gallinarum tibiis detractis.

Os mane pura aqua proluere, et urbanum est et salubre; subinde id facere, ineptum.

De linguæ usu suo dicemus loco.

costumbre: tal acción es propia de quienes mienten y van, al paso que dicen, inventando qué van a decir.

Otros, también con poco decoro, a cada tres palabras eructan, cosa que si desde los tiernos años viniere a hacerse hábito, queda fijo también para la edad más avanzada.

Lo mismo ha de opinarse del carraspeo, con las palabras con que Clitifón, el personaje de Terencio, se ve criticado de su siervo.

Si la tos aprieta, guarda de toserle a alguien en la cara; y lejos vaya de nosotros la inepticia de toser más claro que lo que natura pida.

Para vomitar, retírate a otro sitio. Pues vomitar no es deshonroso; pero por glotonería provocar el vómito es monstruoso.

IX

La limpieza de los dientes ha de cuidarse; pero blanquearlos con polvillo es cosa de muchachas; refregarlos con sal o con alumbre, dañoso para la encía. Hacer eso mismo con la orina es cosa de los iberos.

Si algo ha quedado pegado a los dientes, no con el cuchillo, no con las uñas, a manera de perros o de gatos, no con la servilleta ha de retirarse, sino o bien con una aguja de lentisco o con una pluma o con los huesecillos que se separan de las patas de gallos o gallinas.

Enjuagarse la boca por la mañana con agua pura es tanto civilizado como saludable; hacerlo luego a cada paso, impertinente.

Del uso de la lengua diremos en su lugar.

X

Rusticanum est, impexo esse capite. Adsit mundities, non nitor puellaris.

Absint sordes lendium et vermiculorum. Subinde scabere caput apud alios parum decet, quemadmodum unguibus reliquum fricare corpus sordidum est, præsertim si fiat usu, non necessitate.

Coma nec frontem tegat nec humeris involitet. Subinde concusso capite discutere capillitium, lascivientium est equorum. Cæsariem a fronte in verticem læeva retorquere, parum elegans est; manu discriminare, modestius.

Inflectere cervicem et adducere scapulas pigritiam arguit; resupinare corpus, fastus indicium est: molliter erectum decet.

Cervix nec in lævum nec in dextrum vergat: hypocriticum enim; nisi colloquium aut aliud simile postulet.

Humeros oportet æquo libramine temperare, non in morem antennarum alterum attollere, alterum deprimere. Nam huiusmodi gestus, in pueris neglecti, vertuntur in naturam, et corporis habitum præter naturam deformant. Itaque qui præ desidia collegerunt consuetudinem inflectendi corpus, sibi gibbum conciliant, quem natura non dederat; et qui deflexum in latus caput habere consueverunt, in eum habitum indurescunt, ut adulti frustra mutare nitantur, siquidem tenera corpuscula plantulis similia sunt, quæ in quamcunque speciem furca funiculove deflexeris, ita crescunt et indurescunt.

Vtrumque brachium in dorsum retorquere simul et pigritiæ speciem habet et furis; neque multo decentius est; altera manu in ilia iniecta stare sedereve; quod tamen quibusdam

X

Pueblerino es andar con la cabeza despeinada; rija en ello el aseo, no el lustre, propio de muchachas.

Elimínense las suciedades de liendres y gusanillos.

Andarse rascando la cabeza delante de otros es poco decente, así como es sucio refregarse el resto del cuerpo con las uñas, sobre todo si se hace por usanza, no por necesidad.

El cabello, ni cubra la frente ni caiga suelto sobre los hombros. Andar a cada poco, al sacudir la cabeza, desparciendo la pelambre, es cosa de caballos retozones. Recogerse la cabellera por la izquierda de la frente sobre la coronilla es poco elegante; partirla en dos con la mano, más modoso.

Inclinar la cerviz y encoger las clavículas arguye desidia. Echar para atrás el cuerpo es indicio de soberbia. Blandamente derecho es como dice bien.

La cerviz no se doblegue ni a izquierda ni a derecha, pues es ello teatral o hipócrita, a no ser que el tono de conversación o semejante circunstancia lo requiera.

Los hombros conviene atemperarlos en igualado equilibrio, no, a modo de entenas de mástil, sacar para arriba uno de ellos y abajar el otro. Pues posturas como ésa, descuidadas en los niños, se convierten en naturaleza, y más allá de lo natural la traza del cuerpo afean. Y así, los que por desidia han tomado la costumbre de doblar el cuerpo se ganan una joroba que natura no les había dado, y los que se han acostumbrado a llevar la cabeza doblada a un lado se empecinan en ese hábito a tal punto que, ya adultos, en vano se esfuerzan en mudarlo; tan es verdad que son los cuerpecillos tiernos semejantes a las plantas, que, a cualquier forma que la horquilla o cordel las doblegare, así crecen y en ella se endurecen.

Echar doblados a la espalda uno y otro brazo da al mismo tiempo facha de flojedad y de ladrón; y no es mucho más decoroso el estar plantado o sentado con una de las manos

elegans ac militare videtur. At non statim honestum est quod stultis placuit, sed quod naturæ et rationi consentaneum est.

Reliqua dicentur, quum ad colloquium et convivium ventum erit.

XI

Membra quibus natura pudorem addidit, retegere citra necessitatem, procul abesse debet ab indole liberali. Quin ubi necessitas huc cogit, tamen id quoque decente verecundia faciendum est, etiamsi nemo testis adsit: nunquam enim non adsunt angeli; quibus in pueris gratissimus est pudicitæ comes custosque pudor.

Quorum autem conspectum oculis subducere pudicum est, ea multo minus oportet alieno præbere contactui.

Lotium remorari, valetudini perniciosum: secreto reddere, verecundum. Sunt qui præcipiant ut pueri compressis natibus flatum ventris retineant; atqui civile non est, dum urbanus videri studes, morbum accersere. Si licet secedere, solus id faciat; sin minus, iuxta vetustissimum proverbium, tussi crepitum dissimulet. Alioqui cur non eadem opera præcipiunt ne alvum deiciant, cum remorari flatum periculosius sit quam alvum stringere?

Diductis genibus sedere aut divaricatis tibiis distortisve stare, Thrasonum est. Sedenti coeant genua, stanti pedes, aut certe modice diducantur. Quidam hoc gestu sedent, ut alteram tibiam altero genu suspendant; nonnulli stant decussatim compositis tibiis; quorum alterum est anxiorum, alterum

puesta sobre los ijares, lo que a algunos, sin embargo, les parece elegante y marcial; pero no es ya por las buenas decente lo que a necios les ha parecido bien, sino lo que es concorde con natura y con razón.

Lo demás se dirá cuando se haya llegado al tema de la conversación y del convite.

XI

Los miembros a los que natura impuso vergüenza descubrirlos fuera de necesidad debe ser muy ajeno a una índole de hombre biennacido. Más aún: cuando la necesidad a eso obliga, aun ello, con todo, ha de hacerse con decente verecundia, aun si nadie está allí para testigo: pues nunca dejan de estar los ángeles, para quienes es el pudor en los niños el más grato acompañante y guardián de la castidad.

Ahora bien, aquellas cosas cuya vista es pudoroso hurtarles a los ojos, mucho menos conviene ofrecerlas al contacto ajeno.

Retener la orina es dañoso para la salud; verterla en secreto es verecundo. Los hay que aconsejan que los niños, comprimiendo las nalgas, retengan el flato del vientre; pero por cierto que no es civilizado, por afanarte en parecer urbano, acarrearle enfermedad. Si es dado retirarse, hágalo así a solas; pero si no, de acuerdo con el viejísimo proverbio, disimule el ruido con una tos. Por lo demás, ¿por qué no aconsejan con el mismo empeño que no hagan del vientre, cuando reprimir la ventosidad es mucho más peligroso que constreñir el intestino?

Sentarse con las rodillas desapartadas o con las piernas abiertas o torcidas para fuera es de fanfarrones. Sentado, estén juntas sus rodillas; levantado, los pies, o al menos moderadamente separados. Algunos se sientan en tal actitud

ineptorum. Dextro pede in lævum femur iniecto sedere, priscorum regum mos est, sed improbatus. Apud Italos quidam honoris gratia pedem alterum altero premunt, unque prope modum insistunt tibiæ, ciconiarum ritu, quod an pueros deceat, nescio. Itidem in flectendis genibus aliud apud alios decet dedecetve: quidam utrumque pariter inflectunt, idque rursus alii recto corpore, alii nonnihil incurvato. Sunt qui hoc ceu muliebre rati, similiter erecto corpore primum dextrum incurvant genu, mox sinistrum; quod apud Britannos in adolescentibus laudi latur. Galli modulato corporis circumactu dextrum duntaxat inflectunt. In his in quibus varietas nihil habet cum honesto pugnans, liberum erit vel vernaculis uti moribus vel alienis obsecundare, quando sunt quos magis capiant peregrina.

Incessus nec fractus sit nec præceps, quorum alterum est mollium, alterum furiosorum, nec vacillans, quod a Fabio improbatur. Nan ineptam in incessu subclaudicationem Suiceris militibus relinquamus et iis qui magnum ornamentum ducunt in pileo gestare plumas; tametsi vidimus nonnullos magnates hoc gestu sibi placere.

Sedentem pedibus ludere, stultorum est: quemadmodum et manibus gesticulari parum integræ mentis indicium est.

que hacen colgar una pierna de la rodilla de la otra; algunos están en pie con las piernas cruzadas en aspa; lo uno es propio de hombres preocupados; lo otro, de necios. Sentarse con el pie derecho echado sobre el muslo izquierdo es costumbre de los reyes primitivos, pero desacreditada. Entre los italianos, algunos, por hacer honor, pisan un pie con el otro y se apoyan casi sobre una sola pierna, a manera de cigüeñas, lo cual no sé si a los niños les está bien. Asimismo, en el modo de doblar las rodillas, una cosa entre unos, otra entre otros se tiene por decente o no: algunos doblan a la par una y otra, y ello a su vez, los unos con el cuerpo erguido, los otros con él algo curvado; los hay que, teniendo esto por algo como mujeril, igualmente con el cuerpo erguido, primeramente encorvan la rodilla derecha, luego la izquierda, cosa que entre los británicos en los jóvenes se alaba; los franceses, con una concertada torsión del cuerpo, encorvan solamente la derecha. En cosas en que la diversidad nada tiene que pugne con lo honesto, libre quedará o atenerse a las usanzas del país o rendir pleitesía a las ajenas, puesto que los hay a quienes más cautivan las cosas forasteras.

El andar no sea ni dejado ni precipitoso, que lo uno es de hombres moliciosos, lo otro, de enloquecidos; ni tampoco oscilante de lado a lado, cosa que censura Quintiliano; pues el importuno semicojeo en el andar, dejémoselo a los soldados suízaros y a aquellos que consideran gran ornato llevar plumas en el gorro; aunque es verdad que hemos visto a obispos complacerse en ese ademán.

Estar, sentado, jugueteando con los pies es de tontos, lo mismo que también el gesticular con las manos es señal de poco cabal juicio.

XII

DE CVLTV

In summa dictum est de corpore; nunc de cultu paucis, eo quod vestis quodammodo corporis corpus est et ex hac quoque licet habitum animi coniicere. Quanquam hic certus præscribi modus non potest, eo quod non omnium par est vel fortuna vel dignitas, nec apud omnes nationes eadem decora sunt aut indecora; postremo, nec omnibus sæculis eadem placent displicentve; unde, quemadmodum in aliis multis, ita hic quoque nonnihil tribuendum est, iuxta proverbium, *nómōi kai chōrāi* atque etiam *kairōi*, cui servire iubent sapientes.

Est tamen in hisce varietatibus, quod per se sit honestum aut secus, velut illa quæ nullum habent usum, cui paratur vestis.

Prolixas trahere caudas, in fœminis ridetur, in viris improbatur; an Cardinales et Episcopos deceat, aliis æstimandum relinquo.

Multitia nunquam non probro data sunt, tum viris, tum fœminis, quandoquidem hic est alter vestis usus, ut ea tegat quæ impudice ostenduntur oculis hominum.

Olim habebatur parum virile discinctum esse: nunc idem nemini vitio vertitur, quod indusiis subuculis et caligis reperitis tegantur pudenda, etiam si diffluat tunica.

XII

DE LA VESTIMENTA

Resumidamente se ha hablado del cuerpo; ahora, de la indumentaria en pocas palabras, por aquello de que el vestido es en cierto modo cuerpo del cuerpo, y también por él es dado deducir la traza del espíritu. Aunque ello es que en estas cuestiones no puede prescribirse una manera y medida fija, por el hecho de que no es igual para todos o la fortuna o la dignidad, ni entre todas las gentes son unas mismas las cosas que se tienen por decorosas o indecentes; en fin, tampoco a todos los siglos les placen o desplacen unas mismas cosas. Por lo cual, lo mismo que en otras muchas cuestiones, así también aquí hay que conceder un tanto, según el proverbio, *nómōi kai chōrāi* «a la usanza y al sitio», y aun también *kairōi* «a la ocasión», a la cual mandan servir los sabios.

Hay, sin embargo, en medio de esas diversidades, cosas que por sí pueden ser honestas, o lo contrario, como aquellas que no tienen nada de la utilidad para la que se fabrica la vestimenta.

Arrastrar largas colas es cosa que en las mujeres se toma a risa, en los hombres se censura; si a cardenales y obispos les está bien, a otros les dejo el determinarlo.

Las telas finas y traslúcidas no ha habido tiempo en que no se hayan censurado, así en hombres como en mujeres, ya que es ésta la segunda utilidad del vestido, que recubra aquellas cosas que es impudor mostrar a los ojos de los hombres.

Antaño se tenía por poco viril el andar desceñido; hoy eso mismo a nadie se le toma a mal, por aquello de que, una vez inventadas camisolas, ropillas y calzas altas, se cubren las partes pudendas, aun cuando el vestido vuela suelto.

Alioqui vestis brevior quam ut inclinanti tegat partes quibus debetur honos, nusquam non inhonesta est.

Dissecare vestem, amentium est; picturatis ac versicoloribus uti, morionum est ac simiorum.

Ergo pro modo facultatum ac dignitatis proque regione at more adsit cultui mundities, nec sordibus notabilis nec luxum aut lasciviam aut fastum præ se ferens.

Neglectior cultus decet adolescentes, sed citra immunditiam. Indecore quidam interularum ac tunicarum oras aspergine lotii pingunt, aut sinum brachialiaque indecoro tectorio incrustant, non gypso, sed narium et oris pituita.

Sunt quibus vestis in alterum latus defluit, aliis in tergum ad renes usque; nec desunt quibus hoc videatur elegans.

Vt totum corporis habitum et mundum et compositum esse decet, ita decet illum corpori congruere.

Si quid elegantioris cultus dedere parentes, ne te ipsum reflexis oculis contemplere nec gaudio gestias aliisque ostentes; nam alterum simiarum, alterum pavonum. Mirentur alii: tu te bene cultum esse nescias.

Quo maior est fortuna, hoc est amabilior modestia: tenuioribus in conditionis solatium concedendum est ut moderate sibi placeant; at dives ostentans splendorem amictus, aliisque suam exprobrat miseriam sibi que conflat invidiam.

Por lo demás, una vestimenta más corta que para recubrir, al inclinarse uno, las partes a las que se debe respeto, no hay lugar en que no sea deshonesta.

Acuchillar el vestido es de dementes; ponérselos pintados con figuras o cambiantes de color es de payasos y de simios.

Así pues, según sea la medida de los posibles y de la dignidad, y de acuerdo con el país y la usanza, rija en la vestimenta un tal aseo que ni se haga notar por suciedades ni dé en sí muestra de lascivia o de frivolidad o de soberbia.

Una vestimenta un tanto descuidada les sienta bien a los muchachos, pero dentro de los límites de la inmundicia: contra decoro, algunos colorean los ribetes de ropillas o camisas con tintura de orina, o delantera y mangas recaman con indecente enjalbegue, no con yeso, sino con moco de narices o de boca.

Los hay a quienes la ropa les cae colgando sobre un costado, a otros, sobre la espalda hasta la altura de los riñones; y no faltan algunos a quienes tales cosas les parezcan elegantes.

Así como la traza toda del cuerpo es bien que esté limpia y bien compuesta, así es bien que el hábito condiga con el cuerpo.

Si los padres te han proporcionado algo más elegante de lo común en vestimenta, no te contemples volviendo los ojos sobre ti mismo, ni vayas haciendo ademanes con el gozo y dándoselo a ver a los demás; pues lo uno es de monas, lo otro, de pavos reales. Que admiren otros: tú mismo no sepas que vas bien vestido.

Cuanto es mayor la fortuna, tanto es más agradable la modestia: a los de medios más humildes ha de concedérseles, para consuelo de su condición, que moderadamente se complazcan en sí mismos; pero el rico que va ostentando el esplendor de su ropaje, a los demás echa en cara su miseria y para sí se granjea malquerencia.

XIII

DE MORIBUS IN TEMPLO

uoties fores templi præteris, nudato caput ac modice flexis genibus et ad sacra verso vultu, Christum divosque salutato. Idem et alias faciendum, sive in urbe, sive in agris, quoties occurrit imago crucis.

Per ædem sacram ne transieris, nisi simili religione saltem brevi precatiuncula Christum appelles, idque relecto capite et utroque genu flexo.

Quum sacra peraguntur, totum corporis habitum ad religionem decet componere. Cogita illic præsentem Christum cum innumeris Angelorum millibus; et si quis regem hominem allocuturus circumstante procerum corona nec caput aperiat nec genu flectat, non iam pro rustico, sed pro insano haberetur ab omnibus, quale est illic opertum habere caput, erecta genua, ubi adest rex ille regum immortalis et immortalitatis largitor, ubi venerabundi circumstant ætherei spiritus? Nec refert si eos non vides: vident illi te; nec minus certum est illos adesse, quam si videres eos oculis corporeis: certius enim cernunt oculi fidei quam oculi carnis.

Indecentius etiam est quod quidam in templis obambulant et Peripateticos agunt. Atqui deambulationibus porticus et fora conveniunt, non templa, quæ sacris concionibus, mysticis ac deprecationi dicata sunt.

XIII

DE LAS MANERAS EN EL TEMPLO



ada vez que pases las puertas del templo, descubre la cabeza, y doblando moderadamente las rodillas, vuelto el rostro a los sagrarios, haz saludo a Cristo y a los Santos. Lo mismo ha de hacerse también en otras ocasiones, ya en la ciudad, ya en el campo, cada vez que te viene al encuentro la enseña de la Cruz.

Por la sagrada mansión no atraveses de lado a lado, si no es, con igual escrúpulo, invocando al menos a Cristo con una breve plegaria, y eso con la cabeza descubierta y doblando ambas rodillas.

Cuando se están celebrando los oficios sagrados, toda la traza del cuerpo es bien que a religión se acomode: piensa que está allí presente Cristo con innúmeros millares de ángeles; y si al que yendo a dirigir la palabra a un rey, que es hombre, rodeándolo cerco de principales, ni descubre la cabeza ni dobla la rodilla no ya por rústico, sino por loco lo tendrían todos, ¿qué cosa será tener la cabeza allí cubierta, rígidas las rodillas, donde está aquel inmortal rey de reyes y donador de la inmortalidad, donde están a redor los espíritus etéreos dignos de veneración? Y no importa si no los ves: ellos te ven a ti; y no menos cierto es que ellos están presentes que si los vieses con los ojos corporales: pues con más certeza ven los ojos de la fe que los ojos de la carne.

Harto es también indecoroso aquello de que algunos anden paseándose en los templos y se pongan a hacer los peripatéticos; pues ¿qué?: para las deambulaciones están propios los soportales y las plazas, no los templos, que se han consagrado a las celebraciones sacras, a los misterios y la oración.

Ad concionantem spectent oculi, huc attentæ sint aures, huc inhiat animus omni cum reverentia, quasi non hominem audias, sed Deum per os hominis tibi loquentem.

Quum recitatur Evangelium, assurge; et si potes, ausculta religiose. Quum in symbolo canitur «Et homo factus est», in genua procumbe, vel hoc pacto te submittens in illius honorem qui semet pro tua salute, quum esset supra omnes cœlos, demisit in terras, quum esset Deus, dignatus est homo fieri, ut te faceret Deum.

Dum peraguntur mysteria, toto corpore ad religionem composito, ad altare versa sit facies, ad Christum animus.

Altero genu terram contingere, erecto altero, cui lævus innitatur cubitus, gestus est impiorum militum, qui Domino Iesu illudentes dicebant «Ave, rex Iudæorum»: tu demitte utrumque, reliquo etiam corpore nonnihil inflexo ad venerationem.

Reliquo tempore aut legatur aliquid e libello, sive precullarum sive doctrinæ salutaris, aut mens cœleste quippiam meditetur.

Eo tempore nugas obgannire ad aurem vicini, eorum est qui non credunt illic adesse Christum. Huc illuc circumferre vagos oculos, amentium.

Existima te frustra templum adiisse, nisi inde melior discesseris puriorque.

Al predicador diríjanse los ojos, allí estén atentos los oídos, de allí esté pendiente el ánimo con toda reverencia, como si no a un hombre estuvieses oyendo, sino a Dios que por boca de un hombre te está hablando.

Cuando se recita el Evangelio, ponte en pie y, si puedes, escucha religiosamente. Cuando en el Símbolo de la Fe se canta «Y se hizo hombre», póstrate de hinojos, inclinándote aunque sólo con eso sea al honor de Aquél que a sí mismo por tu salvación, cuando estaba por cima de todos los cielos, se hizo bajar a tierra, y cuando era Dios, se dignó hacerse hombre para hacerte dios a ti.

Mientras se celebran los Misterios, con todo el cuerpo a religión compuesto, vuelto esté al altar el rostro, a Cristo el ánimo.

Posar en tierra con una de las rodillas, estando la otra erguida, para apoyar sobre ella el codo izquierdo, es además de los impíos soldados que, haciendo burla de Jesús Nuestro Señor, le decían «¡Salud, rey de los judíos!»; tú posa una y otra, teniendo también el resto del cuerpo un tanto doblegado a veneración.

Lo demás del tiempo, o bien léase algo de un librito, sea de oracioncillas, sea de doctrina saludable, o medite la mente en algo celestial.

Farfullar durante ese tiempo tonterías al oído del vecino es propio de aquellos que no creen que allí esté Cristo. Dejar errar de acá para allá los ojos en derredor lo es de dementes.

Considera que en vano has entrado al templo si no marchares de allí mejor y más puro.

XIV

DE CONVIVIIS

In conviviis adsit hilaritas, absit petulantia.
Non nisi lotus accumbe, sed ante præsectis unguibus, ne quid in his hæreat sordium, dicarisque *rhypokóndylos*, ac prius clam reddito lotio, aut si res ita postulet, exonerata etiam alvo; et si forte strictius cinctum esse contingat, aliquantulum relaxare vinculum consultum est, quod in accubitu parum decore fiat.

Abstergens manus, simul abiice quicquid animo ægre est; nam in convivio nec tristem esse decet nec contristare quenquam.

Iussus consecrare mensam, vultum ac manus ad religionem componito, spectans aut convivii primarium aut, si fors adest, imaginem Christi, ad nomen Iesu matrisque virginis utrumque flectens genu. Hoc muneris si cui alteri delegatum fuerit, pari religione tum auscultato, tum respondeto.

Sedis honorem alteri libenter cede; et ad honoratiorem locum invitatus, comiter excusa; si tamen id crebro serioque iubeat aliquis auctoritate præditus, verecunde obtempera, ne videre pro civili præfractus.

Accumbens, utramque manum super mensam habe, non coniunctim nec in quadra. Quidam enim indecore vel unam vel ambas habent in gremio. Cubito vel utroque vel altero inniti mensæ, senio morbove lassus condonatur; idem

XIV

SOBRE LOS CONVITES



n los convites haga presencia la alegría, quédese ausente la insolencia.

No acudas a la mesa sino después de haberte lavado, pero con las uñas antes recortadas, no se quede metido en ellas algo de suciedad y se te diga *rhyphokóndylos* «nudillos-negros», y vaciada antes de eso en lugar retirado la vejiga, o si el caso lo demanda, descarga también el vientre; y si por ventura le acontece a uno estar ceñido demasiado prieto, acuerdo es aflojar un tanto las ataduras, cosa que ya a la mesa poco decentemente puede hacerse.

Al enjugarte las manos, arroja al mismo tiempo todo lo que en el ánimo haya de pena. Pues en el convite ni es bien estar triste ni entristecer a nadie.

Si se te ha encargado de bendecir la mesa, compón en actitud religiosa cara y manos, dirigiendo la vista o bien al principal del convite o, si por caso allí la hay, a la imagen de Cristo, doblando ambas rodillas al nombre de Jesús y de la Virgen Madre. Si ese cargo se le ha dado a algún otro, con igual religiosidad escucha a su vez y a su vez responde.

El asiento de honor cédeselo a otro gustosamente, y si se te ha invitado a ocupar lugar un tanto honorable, excúsate cortésmente; si, con todo, te lo manda repetida y seriamente alguien investido de autoridad, consiente respetuosamente, no parezcas, en vez de cortés, huraño.

Ya sentado, ten una y otra mano sobre la mesa, no juntas ni encima de tu plato. Pues poco decorosamente algunos ya la una o ya las dos las tienen sobre el regazo. Apoyarse de codo, sea con uno, sea con los dos, sobre la mesa se les disculpa a los fatigados por vejez o por enfermedad; eso mismo

in delicatis quibusdam aulicis, qui se decere putant quicquid agunt, dissimulandum est, non imitandum.

Interea cavendum, ne proxime accumbenti cubito, neu ex adverso accumbenti pedibus sis molestus.

In sella vacillare, et nunc huic, nunc alteri nati vicissim insidere, speciem habet subinde ventris flatum emittentis a aut emittere conantis. Corpus igitur æquo libramine sit erectum.

Mantile si datur, aut humero sinistro aut brachio lævo imponito.

Cum honoratoribus accubiturus, capite pexo, pileum relinquito, nisi vel regionis mos diversum suadeat vel alicuius auctoritas præcipiat, cui non parere sit indecorum.

Apud quasdam nationes mos est, ut pueri stantes ad maiorum mensam capiant cibum extremo loco, relecto capite. Ibi ne puer accedat nisi iussus, ne hæreat usque ad convivii finem, sed sumpto quod satis est, sublata quadra sua, flexo poplite salutet convivas, præcipue qui inter convivas est ceteris honoratior.

A dextris sit poculum et cultellus escarius rite purgatus, ad lævam panis.

Panem una vola pressum summis digitis refringere, quorundam aulicorum delicias esse sinito: tu cultello seca decenter, non undique revellens crustum, aut utrinque rese-cans: delicatorum enim hoc esto

Panem veteres in omnibus conviviis ceu rem sacram religiose tractabant; unde nunc quoque mos relictus est, eum forte delapsum in humum exosculari.

en algunos cortesanos exquisitos, que estiman que les sienta bien todo lo que hacen, disimularse debe, no imitarse.

En tanto, ha de ponerse cuidado en que ni al que está junto a ti sentado con el codo ni al que se sienta enfrente con los pies les des molestias.

El oscilar sobre la silla y ahora sobre esta nalga, ahora a su turno posarse sobre la otra, da la apariencia de quien está a cada poco soltando ventosidad del vientre o que está haciendo esfuerzos por soltarla. Esté, pues, el cuerpo con parejo equilibrio erguido.

Si se da servilleta, sobre el hombro izquierdo o sobre el brazo zurdo colócala.

Al ir a sentarte con gentes de cierta estima, tras peinarte la cabeza, deja el gorro, a no ser que o bien usanza de la región diversamente lo persuada o bien lo disponga la autoridad de alguien a quien sea poco decente desobedecer.

En algunos pueblos es costumbre que los niños, en pie ante la mesa de los mayores, tomen el alimento en último lugar, con la cabeza descubierta; en tales sitios no se acerque el niño si no se le ha mandado, no se quede allí pegado hasta el fin del convite, sino, una vez tomado lo que es bastante, retirando su plato, salude plegando la corva a los comensales, principalmente a aquel que entre los convidados sea de más honor.

A la derecha téngase la copa y el cuchillo de vianda debidamente limpio; a la izquierda, el pan.

El pan, sujeto bajo la palma de la mano, desmenuzarlo con la punta de los dedos, déjalo para refinamiento de algunos cortesanos; tú córtalo decentemente con el cuchillo, no repelando por todas partes la corteza ni separándola por ambos lados: esto es de exquisitos.

El pan los viejos en todos los convites lo manipulaban como cosa sagrada religiosamente; de donde ha quedado aun ahora la costumbre, cuando por caso se ha caído a tierra, de darle un beso.

Convivium statim a poculis auspicari pоторum est, qui bibunt non quod sitiant, sed quod soleant. Nec ea res solum moribus est inhonesta, verum etiam officit corporis valetudini. Nec statim post sumptam ex iure offam bibendum, multo minus post lactis esum. Puero sæpius quam bis aut ad summum ter in convivio bibere, nec decorum est nec salubre: semel bibat aliquandiu pastus de secundo missu, præsertim sicco, dein sub convivii finem, idque modice sorbendo, nec ingurgitando nec equorum sonitu.

Tum vinum, tum cervisia, nihilo minus quam vinum inebrians, ut puerorum valetudinem lædit, ita mores dedecorat. Aqua fervidæ convenit ætati, aut si id non patitur sive regionis qualitas sive alia quæpiam causa, tenui cervisia utitor, aut vino nec ardenti et aqua diluto. Alioqui mero gaudentes hæc sequuntur præmia: dentes rubiginosi, genæ defluentes, oculi lusciosi, mentis stupor, breviter senium ante senectam.

Antequam bibas, præmande cibum, nec labra admoveas poculo, nisi prius mantili aut linteolo abstersa, præsertim si quis suum poculum tibi porrigit aut ibi de comuni bibitur poculo. Inter bibendum intortis oculis alio intueri, illiberale est, quemadmodum et ciconiarum exemplo cervicem in tergum reflectere, ne quid hæreat in imo cyatho, parum est liberale.

Salutantem poculo resalutet comiter, et admotis labris cyatho paululum libans bibere se simulet. Hoc civili nugoni satis erit; qui si rusticius urgeat, polliceatur tum se responsurum, quum adoleverit.

Dar en seguida comienzo al convite brindando con las copas es cosa de bebedores, que beben no por sed, sino por hábito, y es esa usanza no sólo impropia de las buenas maneras, sino que empece a la salud del cuerpo; ni tampoco al punto tras haber tomado de su caldo las sopas ha de beberse, mucho menos tras un manjar de leche. Para un niño, el beber más de dos o a lo sumo tres veces en la comida ni es decoroso ni saludable: beba una vez algo después de haber probado del segundo plato, sobre todo si es seco; luego, otra vez hacia el final de la comida, y ello absorbiendo con tiento, no ingurgitando y con ruido de caballerías.

Tanto el vino como la cerveza, que no emborracha menos que el vino, así como dañan a la salud de los muchachos, así desdoran sus maneras. Agua es lo que conviene a la edad hirviente, o si esto no lo sufre o la condición del país o algún otro motivo, haga uso de una cerveza ligera o de un vino no ardiente y desleído con agua. Pues ¿qué?: a los que se gozan con el vino puro, tales son los premios que detrás les vienen: dientes sarrosos, mejillas colgantes, ojos cegajosos, pasmo de la mente; en suma, envejecimiento antes de la vejez.

Antes de beber ten bien mascado el alimento, y no arriemes los labios a la copa sino bien enjugados antes con la servilleta o con un pañuelo, sobre todo si alguien te ofrece su copa o si se está de una copa común bebiendo. Mientras se está bebiendo, mirar desviando los ojos a otro lado es de poco bien nacidos, así como también el doblar, a ejemplo de las cigüeñas, la cerviz sobre la espalda, no vaya a quedar alguna gota en el fondo del vaso, es impropio de hombres de bien.

Al que da salud con su copa devuélvale amablemente el saludo, y arrimando al vaso los labios, sorbiendo un poquitillo, finja que está bebiendo: esto para un gracioso cortés será bastante; pero si un tanto pueblerinamente insiste, prométale que responderá a su salud cuando haya llegado a mayor edad.

XV

uidam, ubi vix bene conseruerint, mox manus in epulas coniciunt. Id luporum est aut eorum qui de chytropode carnes nondum immolatas devorant, iuxta proverbium.

Primus cibum appositum ne attingito, non tantum ob id quod arguit avidum, sed quod interdum cum periculo coniunctum est, dum qui fervidum inexploratum recipit in os, aut expuere cogitur, aut si deglutiat, adurere gulam, utroque ridiculus æque ac miser. Aliquantisper morandum, ut puer assuescat affectui temperare. Quo consilio Socrates ne senex quidem unquam de primo cratere bibere sustinuit.

Si cum maioribus accumbit puer, postremus nec id nisi invitatus manum admoveat patinæ.

Digitos in iusculenta immergere, agrestium est; sed cultello fuscinate tollat quod vult; nec id ex toto eligat disco, quod solent liguritores, sed quod forte ante ipsum iacet, sumat; quod vel ex Hornero discere licet, apud quem creber est hic versiculus: *hoi d' ep' oneíath' hétoima prokeína cheĩras íallon*. Id quoque si fuerit insigniter elegans, alteri cedat, et quod proximum est accipiat. Vt igitur intemperantis est in omnes patinæ plagas manum mittere, ita parum decorum patinam invertere, quo veniant ad te lautiora. Si quis alius cibum porrexerit elegantiorum, præfatus excusatiunculam, recipiat; sed resecta sibi portiuncula, reliquum offerat ei qui porrexerat, aut proxime assidenti communicet.

XV

Algunos, apenas se han bien sentado, luego echan las manos a los manjares; esto es propio de lobos o de éstos que, como dice el proverbio, devoran de las trébedes las carnes aún no sacrificadas.

No toques el primero al guiso que se haya servido, no ya sólo por lo que ello arguye de ansioso, sino porque a las veces se acompaña de peligro, cuando aquel que algo hirviente ha metido en la boca sin tantearlo o se ve obligado a arrojarlo o, si lo traga, a abrasarse la garganta, quedando por uno u otro modo ridículo y afligido. Debe ello demorarse algún tanto, a fin de que se acostumbre el niño a moderar la pasión; con tal acuerdo, Sócrates ni aun de viejo se permitió nunca tomar del primer vino de la cratera.

Si con mayores se sienta a la mesa el niño, sea el último, y eso no sin que se le haya invitado a ello, en alargar la mano a la fuente.

En guisos caldosos sumergir los dedos es de pueblerinos; con el cuchillo o con un tenedor retire de ello lo que quiere; y no lo ande eligiendo de toda la fuente a derredor, como suelen hacer los gulusmeadores, sino tome lo que por ventura quede ante él puesto; cosa que hasta de Homero es dado aprenderla, en cuya obra se encuentra frecuentemente el siguiente verso: «Y al manjar que tenían delante echaron las manos». Y aun eso, si fuere notoriamente exquisito, cédaselo al vecino y coja para sí lo que tras ello esté más cerca. Así que, lo mismo que es de intemperantes llevar la mano a todas las regiones de la fuente, así es poco decoroso dar a la fuente vuelta para que vengan ante ti trozos más suculentos. Si algún otro le alargare un manjar algo más escogido, después de adelantar alguna disculpilla recíbalo, pero, tras haber sacado para sí una porcioncilla de ello, ofrézcale el resto al que se lo había tendido o compártalo con el que más cerca esté sentado.

Quod digitis excipi non potest, quadra excipiendum est. Si quis e placenta vel artocrea porrexit aliquid, cochleari aut quadra excipe, aut cochleari porrectum accipe, et inverso in quadram cibo, cochleare reddito. Si liquidius est quod datur, gustandum sumito, et cochleare reddito, sed ad mantile extersum.

Digitos unctos vel ore prælingere vel ad tunicam extergere, pariter incivile est: id mappa potius aut mantili faciendum.

Integros bolos subito deglutire, ciconiarum est ac balatronum.

Si quid ab alio fuerit resectum, incivile est manum quadramve porrigere, priusquam ille structor offerat, ne videare præripere quod alteri paratum erat. Quod porrigitur, aut tribus digitis aut porrecta quadra excipiendum.

Si quod offertur non congruit tuo stomacho, cave ne dixeris illud comici Clitiphonis, «Non possum, pater», sed blande agito gratias; est enim hoc urbanissimum recusandi genus. Si perstat invitator, verecunde dicito aut non convenire tibi aut te nihil amplius requirere.

XVI

Discenda est a primis statim annis secandi ratio non superstitiosa, quod quidam faciunt, sed civilis et commoda.

Aliter enim inciditur armus, aliter coxa, aliter cervix, aliter crates; aliter capus, aliter phasianus, aliter perdix, aliter anas; qua de re singillatim præcipere, ut prolixum sit, ita nec operæ pretium.

Lo que no puede tomarse con los dedos ha de cogerse sobre el plato de uno. Si alguien de una empanada o pastel de carne te ha tendido algo, con una cuchara o sobre tu plato recíbelo, o bien, si te lo alargan en cuchara, tómalo y, volcado sobre tu plato el alimento, devuelve la cuchara; si es un tanto líquido lo que se te da a degustar, tómalo y devuelve la cuchara, pero tras limpiarla a la servilleta.

Los dedos untados lámérselos con la boca o limpiárselos a la camisa es igualmente incivil; ha de hacerse más bien con un paño o con la servilleta.

Tragarse al momento los bocados enteros es cosa de cigüeñas y de hampones.

Si algo se hubiere trinchado por mano de otro, inurbano es alargar la mano o tu plato antes de que aquel que hace las partes te lo ofrezca, no parezca que te adelantas a arrebatar lo que se había dispuesto para otro. Lo que se te alarga, o con tres dedos o tendiendo el plato ha de recibirse.

Si lo que se te ofrece no se conlleva con tu estómago, guárdate de decir aquello del Clitifón de la comedia, «No puedo, padre», sino amablemente da las gracias: pues es ésta la más urbana manera de rehusar; si persiste el ofertor, di respetuosamente o que no te sienta bien o que no tienes falta de nada más.

XVI

Ha de aprenderse en seguida desde los primeros años la manera de trinchar, no casi ritualmente, como algunos hacen, pero sí civilizada y adecuadamente.

Pues de un modo se trincha una paletilla, de otro modo un muslo, de otro un pescuezo, de otro un costillar, de un modo un capón, de otro un faisán, de otro una perdiz, de otro modo un pato; sobre el cual asunto dar cosa por cosa sus preceptos, así como fuera prolijo, así tampoco vale la pena.

Illud in universum tradi potest, Apiciorum esse omni ex parte, quidquid palato blanditur, abradere.

Abs te semesa alteri porrigere, parum honesti moris est. Panem prærosus iterum in ius immergere, rusticanum est, sicut et cibum mansum faucibus eximere et in quadram repone- re inelegans est. Nam si quid forte sumptum est quod deglutiri non expedit, clam aversus aliquo proiciat.

Cibum ambesum aut ossa semel in quadram seposita repetere, vitio datur.

Ossa, aut si quid simile reliquum est, ne sub mensam abieceris, pavimentum conspurcans, nec in mensæ strangulam proiice, nec in patinam repone, sed in quadræ angulum sepone, aut in discum qui apud nonnullos reliquiis excipien- dis apponitur.

Canibus alienis de mensa porrigere cibum, ineptiæ tribui- tur; ineptius est illos in convivio contrectare.

Ovi putamen digitorum unguibus aut pollice repurgare, ridiculum est; idem inserta lingua facere, magis etiam ridicu- lum: cultello id fit decentius.

Ossa dentibus arrodere, caninum est: cultello purgare, civile.

Tres digiti salino impressi, vulgari ioco dicuntur agres- tium insignia: cultello sumendum est salis quantum satis est; si longius abest, salinum porrecta quadra petendum est.

Quadram aut patinam, cui saccharum aut aliud suave quiddam adhæsit, lingua lambere, felium est, nom hominum.

Carnem prius minutim in quadra dissecet, mox addito pane simul aliquandiu mandat, priusquam traiciat in stoma- chum. Id non solum ad bonos mores, verum etiam ad bonam valetudinem pertinet.

Algo hay que puede, en general, darse a saber: que es propio de glotonos como Apicio el raer de cada parte todo aquello que halague el paladar.

Tajadas medio por ti comidas alargárselas a otro es de usanza poco honesta. El pan ya roído volverlo a sumir en la salsa es pueblerino; así como tampoco es elegante echar fuera de las fauces el alimento ya mascado y volverlo a poner en el plato de uno; pues si por caso se ha tomado algo que no se deje bien tragar, apartándose uno a escondidas arrójelo a algún sitio.

Una presa de la que ya se ha comido o unos huesos, una vez dejados en el plato de uno, volverlos a tomar se tiene por falta.

Los huesos o cualquier cosa semejante que de resto quede no los arrojes bajo la mesa, emporcando el pavimento, ni los echés sobre el mantel de la mesa, ni los devuelvas a la fuente, sino apártalos a un rincón de tu plato o en el platillo que entre algunas gentes se pone al lado para recoger los restos.

A los perros ajenos arrojarles comida de la mesa a necesidad se achaca; más necio es andarlos sobando durante el convite.

La cáscara del huevo escamondarla con las uñas de los otros dedos o con el pulgar es ridículo; hacer eso mismo entremetiendo la lengua, más ridículo todavía; con un cuchillo se hace más decorosamente.

Andar royendo los huesos con los dientes es perruno; limpiarlos con el cuchillo, urbano.

La marca de tres dedos impresa en el salero se dice en broma común que es la enseña de los pueblerinos; con el cuchillo ha de tomarse cuanto de sal sea suficiente. Si el salero queda demasiado lejos, tendiendo el plato de uno ha de pedirse.

El propio plato o la bandeja adonde ha quedado pegada azúcar o algo dulce lamerlo con la lengua es de gatos, no de hombres.

La carne córtela antes en su plato a pedacitos; luego, añadiendo a la vez pan, mástiquela algún tiempo primero de hacerla pasar hasta el estómago; esto no sólo a las buenas maneras, sino también a la buena salud le toca.

Quidam devorant verius quam edunt, non aliter quam mox, ut aiunt, abducendi in carcerem: latronum est ea tubercinatio.

Quidam tantum simul in os ingerunt ut utrimque ceu folles tumeant buccæ. Alii mandendo diductu labiorum sonitum edunt porcorum in morem. Nonnulli vorandi studio spirant etiam naribus, quasi præfocandi. Ore pleno vel bibere vel loqui, nec honestum est nec tutum.

Vicissitudo fabularum intervallis dirimat perpetuum esum. Quidam citra intermissionem edunt bibuntve, non quod esuriant sitianteve, sed quod alioqui gestus moderari non possunt, nisi aut scabant caput, aut scalpant dentes, aut gesticulentur manibus, aut ludant cultello, aut tussiant, aut screent, aut expuant. Ea res, a rustico pudore profecta, nonnullam insanix speciem habet. Auscultandis aliorum sermonibus fallendum est hoc tædii, si non datur opportunitas loquendi.

Incivile est cogitabundum in mensa accumbere. Quosdam autem videas adeo stupentes, ut nec audiant quid ab aliis dicatur, nec se comedere sentiant, et si nominatim appelles, velut e somno excitati videantur: adeo totus animus est in patinis.

Inurbanum est oculis circumactis observare quid quisque comedat; nec decet in quemquam convivarum diutius intentos habere oculos; inurbanum etiam transversim hirqis intueri, qui in eodem accumbunt latere; inurbanissimum retorto in tergum capite contemplari quid rerum geratur in altera mensa.

Effutire si quid liberius inter pocula dictum factumve sit, nulli decorum est, nedum puero.

Algunos devoran más bien que comen, no de otro modo que si al punto, como dicen, fueran a llevárselos a la cárcel; propio de bandoleros es esa tragantonería.

Algunos, tanto a la vez meten para la boca, que los carrillos se les hinchan por ambos lados como fuelles. Otros al masticar, con el despejarse de los labios, hacen un ruido a la manera de los puercos. No faltan quienes con el afán de tragar resuellan también por las narices, como si se les fuera a ahogar. Con la boca llena o beber o hablar ni es honesto ni sin riesgo.

Una alternancia de conversaciones rompa la continuidad de la comida. Algunos, sin atenerse a interrupción, comen y beben no porque estén hambrientos o sedientos, sino porque no saben de otro modo moderar sus ademanes sin que o se rasquen la cabeza o se escarben los dientes o se pongan a gesticular con las manos o a jugar con el cuchillo o a toser o a carraspear o a escupir. Tal usanza, nacida de un pudor pueblerino, no deja de tener algún viso de demencia. Con escuchar a las charlas de los otros debe engañarse lo que en ello haya de tedio, si no se ofrece oportunidad de hablar uno.

Inurbano es sentarse a la mesa meditando; pero a algunos puedes verlos pasmados a tal punto, que ni oyen lo que otros dicen ni se dan cuenta de que están comiendo, y si los llamas por su nombre parece como que los sacaras de un sueño: a tal punto está su ánimo entero fijo en las vajillas.

No es civilizado, rondando con los ojos, andar atisbando qué es lo que cada cual come; ni es bien tampoco mantener fijos los ojos mucho tiempo sobre uno cualquiera de los comensales; más inurbano todavía mirar de rabillo, como los machos cabríos en Virgilio, a los que se sientan al mismo lado de la mesa; lo más inurbano, contemplar, torciendo a la espalda el cuello, a ver qué asuntos se traen en la otra mesa.

Ponerse a cuchichear porque algo más libre de la cuenta se haya dicho o hecho a favor de brindis o bebida, para nadie es decoroso, cuanto menos para un niño.

Puer cum natu maioribus accumbens, nunquam loquatur nisi aut cogat necessitas, aut abs quopiam invitetur. Lepide dictis modice arrideat; obscene dictis ne quando arrideat, sed nec frontem contrahat, si præcellit dignitate qui dixit, sed ita vultus habitum temperet, ut aut non audisse aut certe non intellexisse videatur.

Mulieres ornat silentium, sed magis pueritiam.

XVII

uidam respondent priusquam orationem, finierit qui compellat; ita sæpe fit ut aliena respondens sit risui detque veteri locum proverbio: *hámās apētoun*. Docet hoc rex ille sapientissimus, stultitiæ tribuens respondere priusquam audias; non audit autem, qui non intellexit. Si minus intellexit percontantem, paulisper obticescat, donec ille quod dixit sponte repetat; id si non facit, sed responsum urget, blande veniam præfatus puer oret ut quod dixerat dicat denuo; intellecta percontatione, paululum interponat moræ; deinde tum paucis respondeat, tum iucunde.

In convivio nihil effutiendum quod offuscet hilaritatem; absentium famam ibi lædere, piaculum est; nec cuiquam illic suus refricandus est dolor. Vituperare quod appositum est, incivilitati datur, et ingratum est convivatori. Si de tuo præbetur convivium, ut excusare tenuitatem apparatus urbanum, ita laudare aut commemorare quanti constiterit, insuave profecto condimentum est accumbentibus.

Un muchacho, cuando se sienta con mayores de edad, no hable nunca, si no es que o bien le fuerza la necesidad o bien alguno le invita a ello. A las cosas graciosas que se digan ríase moderadamente; a los dichos obscenos no les ría en ningún caso, pero tampoco arrugue la frente, si es elevado en dignidad el que lo ha dicho, sino componga la traza del rostro de tal modo que parezca que no ha oído o que por lo menos no ha entendido.

Adorna el silencio a las mujeres, pero más a la niñez.

XVII

Algunos responden antes de que haya terminado su parlamento el que les interpela; así sucede a menudo que, respondiendo lo que no viene al caso, sea uno motivo de risa y dé ocasión al viejo proverbio (*h)ámās apéítoun* «Hoces es lo que te pedía». Esto enseña aquel rey sabio entre todos, achacando a necedad el responder antes de que se oiga; ahora bien, no oye el que no ha entendido. Si ha entendido mal al que le pregunta, quédese callado un poco, hasta que el otro por sí mismo repita lo que dijo; si no lo hace, sino que apremia a la respuesta, después de pedir perdón amablemente el niño ruéguele que diga de nuevo lo que había dicho; entendida la pregunta, deje un poquitillo de intervalo y luego responda, veces brevemente, veces de buen humor.

De nada ha de charlarse en el convite que nuble la alegría. Zaherir allí la fama de los ausentes digno es de castigo; ni tampoco hay que andarle a nadie refregando el propio resentimiento. Poner tachas a lo que se ha servido se achaca a incivilidad y es cosa desagradecida para el que da el convite. Si el convite se ofrece de tu cuenta, así como excusarse por la escasez del agasajo es cosa urbana, así el alabarlo o el hacer mención de cuánto haya costado, poco grato condimento es para los comensales.

Denique, si quid a quoquam in convivio fit rusticius per imperitiam, civiliter dissimulandum potius quam irridendum: decet computationem libertas.

Turpe est sub dium, ut ait Flaccus, rapere, si quid cui super cenam excidit incogitantius: quod ibi fit diciturve, vino inscribendum, ne audias *misō mnāmona sympótaān*.

Si convivium erit quam pro puerili ætate proluxius, et ad luxum tendere videbitur, simul atque senseris naturæ factum satis, aut clam, aut veniam precatus, te subducito.

Qui puerilem ætatem adigunt ad inediam, mea quidem sententia insaniunt; neque multo minus ii qui pueros immodico cibo diffarciunt; nam ut illud debilitat teneri corpusculi viriculas, ita hoc animi vim obruit. Moderatio tamen statim est discenda. Citra plenam saturitatem reficiendum est puerile corpus, magisque crebro quam copiose. Quidam se saturos nesciunt, nisi dum ita distentus est ventriculus, ut in periculum veniant ne dirumpatur aut ne per vomitum reiiciat onus.

Oderunt liberos, qui illos etiamnum teneros cenis in multam noctem productis perpetuo sinunt assidere.

Ergo, si surgendum erit a proluxiore convivio, quadram tuam cum reliquiis tollito, ac salutato qui videtur inter convivas honoratissimus, mox et aliis simul, discedito, sed mox rediturus, ne videre lusus aut alterius parum honestæ rei gratia te subduxisse: reversus, ministrato si quid opus erit, aut reverenter mensæ assistito, si quis quid iubeat expectans.

En fin, si alguno hace en el convite alguna cosa un tanto rústica por inexperiencia, ha de disimularse urbanamente más bien que echarlo a risa. Sienta bien a la convivial compañía la libertad.

Cosa fea es el sacar a todo cielo, como dice Horacio, cualquier cosa que de sobremesa a uno se le haya ido algo impensadamente de la boca; lo que allí se hace o se dice, al vino ha de achacársele, no sea que te canten lo de *misô mnāmona sympôtān* «Odioso me es comensal de buena memoria».

Si el convite se fuere prolongando más de lo propio a la tierna edad o pareciere que va tirando a excesos, al momento que sientas que ya se ha satisfecho a la natural necesidad, o a hurtadillas o tras haber pedido venia retírate.

Aquellos que a la edad pueril la reducen a ayuno o dieta, a mi juicio al menos, están locos, y no mucho menos los que a los niños con comida demasiada los atiborran; pues así como aquello debilita las pocas fuerzas del tierno cuerpecillo, así esto otro derrueca el poder del ánimo. Con todo, la moderación ha de aprenderse desde muy pronto. Sin tocar los límites de la total hartura, ha de restaurarse un cuerpo de niño, y más bien frecuente que copiosamente. Algunos no saben de sí que estén saciados hasta que está a tal punto la panza distendida que corre peligro de reventar o de rechazar por vómito su carga.

Odian a sus hijos aquellos que, siendo todavía tiernos, al prolongarse las cenas hasta muy entrada la noche, les permiten quedarse allí sentados de cabo a rabo.

Así que, si hubiere que levantarse de un convite demasiado prolongado, alza tu plato con los residuos y tras haber saludado al que parezca entre los comensales el de más honor y luego de una vez a los demás, retírate, pero en disposición de regresar luego, no parezca que te quitas de en medio por mor de juego o de alguna otra cosa poco honorable: vuelto a entrar, ponte a servir cualquier cosa que haga falta, o respetuosamente quédate en pie junto a la mesa, a la espera de si alguien te demanda algo.

Si quid apponis aut submoves, vide ne cui vestem iure perfundas. Candelam emuncturus, prius illam e mensa tollito, quodque emunctum est, protinus aut arenæ immergito aut solea proterito, ne quid ingrati nidoris offendat nares. Si quid porrigis infundisve, læva id facias caveto.

Iussus agere gratias, compone gestus, paratum te significans, donec silentibus convivis dicendi tempus adfuerit; interim vultus ad convivio præidentem reverenter versus sit et constanter.

XVIII

DE CONGRESSIBUS

Si quis occurrerit in via vel senio venerandus vel religione reverendus vel dignitate gravis vel alioqui dignus honore, meminerit puer de via decedere, reverenter aperire caput, nonnihil etiam flexis poplitibus. Ne vero sic cogitet «Quid mihi cum ignoto? quid cum nihil unquam bene de me merito?»: non hic honos tribuitur homini, non meritis, sed Deo: sic Deus iussit per Solomonem, qui iussit assurgere cano; sic per Paulum presbyteris duplicatum honorem præcipit exhibere, in summa omnibus præstare honorem quibus debetur honos, complectens etiam ethnicum magistratum; et si Turca (quod absit) nobis imperet, peccaturi simus, si honorem magistratui debitum illi negemus.

Si alguna cosa traes a la mesa o la retiras, mira no le riegues a alguien la ropa con la salsa. Al ir a despabilar una candela, quítala antes de la mesa, y lo que caiga del despabilar en seguida cúbrelo con arena o refriégalo con la suela, no vaya a ofender las narices algún tufo desagradable. Si alguna cosa le tiendes a alguien o si algo viertes en copa, guárdate de hacerlo con la izquierda.

Caso de que se te mande decir la acción de gracias, compón el gesto, dando a entender que estás preparado a ello, hasta que, callándose los comensales, llegare el momento de decirlo; en tanto, la cara esté hacia el que preside el convite respetuosa y firmemente vuelta.

XVIII

DE LOS ENCUENTROS

Si alguien le viniere al encuentro en la calle que sea o venerable por su vejez o reverendo por religión o grave por su dignidad o por algún otro modo digno de honras, tenga presente el niño cederle el paso, descubrirse respetuosamente la cabeza, plegando un poco también las corvas. Pero que no piense aquello de «¿A mí qué con un desconocido? ¿Qué tengo que ver con uno a quien nunca le he debido un favor?»; no se tributan esas honras al hombre, no a los merecimientos, sino a Dios: así Dios lo ha mandado por boca de Salomón, que mandó ponerse en pie ante las canas; así por medio de Pablo a los ministros de la Iglesia dispone que se les muestre honor doblado, en suma que se les rindan honras a todos a los que honra se les debe, abarcando también a la autoridad civil; y si el Turco (no lo quiera Dios) llega a mandar sobre nosotros, hemos de pecar si le negamos a esa autoridad el honor debido.

De parentibus interim nihil dico, quibus secundum Deum primus debetur honos, nec minor præceptoribus, qui mentes hominum quodammodo, dum formant, generant.

Iam et inter æquales illud Pauli locum habere debet, «honore invicem prævenientes». Qui parem aut inferiorem honore prævenit, non ideo fit ipse minor, sed civilior, et ob id honoratior.

Cum maioribus reverenter loquendum et paucis; cum æqualibus amanter et comiter.

Inter loquendum, pileum læva teneat, dextra leviter admota umbilico, aut quod decentius habetur, pileum utraque manu iuncta suspensum pollicibus eminentibus tegat pubis locum. Librum aut galerum sub axilla tenere, rusticus habetur.

Pudor adsit, sed qui decoret, non qui reddat attonitum. Oculi spectent eum cui loqueris, sed placidi simplicesque, nihil procax improbumve præ se ferentes. Oculos in terram deiicere, quod faciunt catoblepæ, malæ conscientiæ suspicionem habet. Transversum tueri, videtur aversantis. Vultum huc illuc volvere, levitatis argumentum est.

Indecorum est interim vultum in varios mutare habitus, ut nunc corrugetur nasus, nunc contrahatur frons, nunc attollatur supercilium, nunc distorqueantur labra, nunc diducatur os, nunc prematur: hæc animum arguunt Protei similem.

De los padres, a todo esto, nada digo, a los que a seguido de Dios se les debe el honor primero; y no menor a los preceptores, que las mentes de los hombres en cierto modo, según las forman, las engendran.

En fin, entre los iguales debe tener su lugar aquello de San Pablo de «adelantarse uno a otro en rendir honor». El que a un par suyo o a un inferior en hacerle honra se le adelanta, no por ello queda él más bajo, sino más civil, y por ello más honrado.

Con los mayores ha de hablarse respetuosamente y con brevedad; con los iguales, amigable y complacientemente.

Mientras se está hablando, sostenga el gorro con la izquierda, colocada la derecha ligeramente sobre el ombligo, o bien, lo que se tiene por más decoroso, que el gorro, suspendido sobre ambas manos juntas, con los pulgares salientes, cubra el sitio del empeine. El tener un libro o el sombrero bajo el sobaco se tiene por un tanto pueblerino.

Haya vergüenza en el ademán, pero tal que honre, no que le vuelva a uno un pasmarote. Miren los ojos a aquel a quien estás hablando, pero cándidos y apacibles, no mostrando en sí nada atrevido ni maligno. Abajar los ojos por tierra, como hacen las bestias del Nilo que llaman catóblepas, sospecha de mala conciencia trae consigo. Mirar de través parece propio de quien trata con desvío. Volver de acá para allá la cara es prueba de ligereza.

Indecoroso es, a tal propósito, hacer la cara mudarse en diversas trazas, de modo que ahora se frunza la nariz, ahora se contraiga la frente, ahora se levante el sobrecejo, ya se contorsionen los labios, ya se deje abierta la boca, ya se ponga apiñada: tales muecas arguyen de un alma semejante a la de Proteo.

Indecorum et illud, concusso capite iactare comam, sine causa tussire, screare, quemadmodum et manu scabere caput, scalpere aures, emungere nasum, demulcere faciem, quod est veluti pudorem abstergentis, suffricare occipitium, humeros adducere, quod in nonnullis videmus Italis; rotato capite negare, aut reducto accersere, et, ne persequar omnia, gestibus ac nutibus loqui, ut virum interdum deceat, puerum minus decet.

Illiberale est iactare brachia, gesticulari digitis, vacillare pedibus, breviter non lingua sed toto corpore loqui, quod tur-turum esse fertur aut motacillarum, nec multum abhorrens a picarum moribus.

Vox sil mollis ac sedata, non clamosa, quod est agricola-rum, nec tam pressa, ut ad aures eius cui loqueris non perve-niat.

Sermo sit non præceps et mentem præcurrens, sed lentus et explanatus. Hoc etiam naturalem battarismum aut hæsi-tantiam, si non in totum tollit, certe magna ex parte mitigat, quum præcipitatus sermo multis vitium conciliet, quod non dederat natura.

Inter colloquendum subinde titulum honorificum eius quem appellas repetere, civilitatis est. Patris ac matris voca-bulo nihil honorificentius, nihil dulcius, fratris sororisve nomine nihil amabilius. Si te fugiunt tituli peculiare, omnes eruditi sunt tibi præceptores observandi, omnes sacerdotes ac monachi, reverendi patres; omnes æquales, fratres et amici; breviter omnes ignoti, domini; ignotæ, dominæ.

Indecoroso es también aquello de echar al vuelo la cabellera sacudiendo la cabeza, de toser sin motivo, de carraspear, así como también arrascarse la cabeza con la mano, escarbarse los oídos, sonarse la nariz, acariciarse la cara, que es gesto de quien se está limpiando de vergüenza; frotarse el cogote, encogerse de hombros, cosa que vemos en algunos italianos; negar meneando la cabeza o llamar a alguien recogíendola, y por no ir recorriéndolos todos, hablar por gestos y por muecas, así como a veces está bien en un hombre, menos bien le está a un niño.

No es de biennacidos hacer aspavientos con los brazos, gesticular con los dedos, oscilar sobre los pies, en una palabra, hablar no con la lengua, sino con el cuerpo entero, lo que se cuenta que es propio de las tórtolas o las pizpitas y no muy alejado de las maneras de las urracas.

La voz sea lene y apacible, no estruendosa, que es propio de campesinos, ni tan apagada que no llegue a los oídos de aquel al que le hablas.

El hablar no sea precipitoso ni tal que corra delante del pensamiento, sino lento y desahogado. Esto además el tartamudeo de nacimiento o premiosidad de habla, si no lo suprime del todo, al menos en buena parte lo mitiga, mientras que un hablar precipitado a muchos les ocasiona un defecto que natura no les había dado.

En el curso de la conversación repetir de vez en cuando el título honorífico de aquel a quien interpelas es de urbanidad. Nada más honorífico, nada más dulce que las palabras de «padre» y «madre»; nada más amable que el nombre de «hermano» y el de «hermana». Si se te escapan los títulos particulares, todos los hombres letrados han de merecerte consideración de preceptores; todos los sacerdotes y monjes, de padres reverendos; todos los iguales, de hermanos y de amigos; en suma, todos los desconocidos, de «Señor»; todas las desconocidas, de «Señora».

Ex ore pueri turpiter auditur iusiurandum, sive iocus sit, sive res seria. Quid enim turpius eo more, quo apud nationes quasdam ad tertium quodque verbum deierant etiam puellæ, per panem, per vinum, per candelam, per quid non?

Obscenis dictis nec linguam præbeat ingenuus puer nec aures accommodet. Denique, quicquid inhoneste nudatur oculis hominum, indecenter ingeritur auribus. Si res exigat ut aliquod membrum pudendum nominetur, circuitione verecunda rem notet. Rursus si quid inciderit quod auditori nauseam ciere possit, velut si quis narret vomitum aut latrinam aut oletum, præfetur honorem auribus.

Si quid refellendum erit, cave dicat «Haud vera prædicas», præsertim si loquatur grandiori natu; sed præfatus pacem, dicat «Mihi secus narratum est a tali».

Puer ingenuus cum nemine contentionem suscipiat, ne cum æqualibus quidem, sed cedat potius victoriam, si res ad iurgium veniat, aut ad arbitrum provocet.

Ne cui se præferat; ne sua iactet; ne cuiusquam institutum reprehendat, aut ullius nationis ingenium moresve suggillet; ne quid arcani creditum evulget; ne novos spargat rumores; ne cuius obtrectet famæ; ne cui probro det vitium natura insitum. Id enim non solum contumeliosum est et inhumanum, sed etiam stultum, veluti si quis luscum appellat luscum, aut loripedem loripedem, aut strabum strabum, aut nothum nothum.

De boca de un niño cosa fea de oír es un juramento, ya sea en broma, ya en serio. Pues ¿qué hay más feo que esa usanza según la que en algunos pueblos a cada tres palabras sueltan un juramento hasta las niñas, jurando por el pan, por el vino, por la candela y por qué cosa hay que no?

A los dichos obscenos ni les preste su lengua el niño bien nacido ni sus oídos les acomode. En fin, cualquier cosa que sea deshonestidad desnudarla a los ojos de los hombres, indecencia es metérsela en los oídos. Si la ocasión exige que haya de mencionarse algún miembro pudiendo, indique la cosa por verecundo circunloquio; asimismo, si viene a cuento algo que pueda producir náusea al que oye, como es que haya uno de referirse al vómito o a la letrina o a los excrementos, anteponga una fórmula de «con perdón de los oídos».

Si algo que se oye hubiere de refutarse, guárdate de decir «No es verdad lo que cuentas», sobre todo si está uno hablando con alguien de cierta edad, sino, tras haber antepuesto una fórmula de venia, dígale: «A mí me lo ha contado Fulano de otro modo.»

El niño bien nacido con nadie se enzarce en disputa, ni aun con sus iguales, sino antes bien cédale al otro la victoria, si la cosa llega al punto de la riña, o remítalo a un árbitro.

No se ensalce a sí mismo sobre nadie; no se gloríe de sus cosas; no censure la conducta de ninguno; de nación alguna vitupere el carácter o costumbres; no divulgue nada que en secreto se le haya confiado; no ande esparciendo rumores novedosos; no denigre la fama de nadie; a nadie le eche en cara un defecto que de natura ha recibido, pues esto no es injurioso sólo y poco humano, sino además necio, como si uno a un tuerto lo llama tuerto, o a un patizambo patizambo, o a un bizco bizco, o a un bastardo bastardo.

His rationibus fiet, ut sine invidia laudem inveniatur et amicos pareat

Interpellare loquentem antequam fabulam absolverit, inurbanum est. Cum nemine simultatem suscipiat; comitatem exhibeat omnibus; perpaucos tamen ad interioriorem familiaritatem recipiat eosque cum delectu.

Ne cui tamen credat quod tacitum velit; ridiculum enim est ab alio silentii fidem expectare, quam ipse tibi non praestes: nullus est adeo linguæ continentis, ut non habeat aliquem in quem transfundat arcanum. Tutissimum autem est nihil admittere cuius te pudeat, si proferatur.

Alienarum rerum ne fueris curiosus; et si quid forte conspexeris audierisque, fac quod scis nescias.

Litteras tibi non oblatas limis intueri, parum civile est; et si fors te praesente scrinium suum aperit aliquis, subducito te; nam inurbanum est inspicere; contrectare aliquid, inurbanius.

Item si senseris inter aliquos secretius oriri colloquium, submove te dissimulanter, et in eiusmodi colloquium ne temet ingeras non accitus.

XIX

DE LUSU

In lusibus liberalibus adsit alacritas, absit pervicacia rixarum parens, absit dolus ac mendacium; nam ab his rudimentis proficiscitur ad maiores iniurias. Pulchrius vincit qui cedit contentioni, quam qui palmam obtinet. Arbitris ne reclamita.

Sucedará con tales procederes que alcance alabanza sin malquerencia y se gane amigos.

Interrumpir al que está hablando antes de que termine con su cuento es inurbano. Con nadie se trabe en porfías, muestre a todos gentileza, mas a muy pocos, sin embargo, acoja en su trato más íntimo, y aun éstos con discernimiento.

A ninguno, con todo, le confie lo que quiera que callado quede, pues es ridículo esperar de otro una fidelidad en el silencio que tú mismo no te guardas; y nadie hay tan continente de lengua que no tenga algún otro a quien comunicarle lo secreto. Pero lo más seguro de todo es no dar en ti cabida a nada de lo que te haya de dar vergüenza si sale a luz.

De los asuntos ajenos no seas curioso, y si algo por ventura vieres u oyeres, procura no saber lo que sabes.

Una carta que a ti no se te ha entregado, mirarla de reojo es poco cortés. Si por caso alguien delante de ti abre su escribanía, retírate, pues poco urbano es mirar a nada, menos urbano manosear alguna cosa.

Asimismo, si te apercibieres de que entre algunos está entablándose una conversación algo secreta, quítate de delante con disimulo, y en tal manera de conversación no te metas sin que se te llame a ello.

XIX

DEL JUEGO

n los juegos de gente de bien reine la vivacidad, deséchese la porfía, madre de reyertas; deséchese la trampa y el embuste, pues a partir de tales rudimentos pasa uno a ofensas mayores. Con más gracia vence el que cede en una disputa sobre la victoria que aquel que se lleva la palma. A los árbitros no les vayas con reclamaciones.

Si cum imperitioribus certamen est possisque semper uincere, nonnumquam te uinci patere, quo ludus sit alacrior. Si cum inferioribus luditur, ibi te superiorem esse nescias. Animi causa ludendum est, non lucri gratia.

Aiunt puerorum indolem nusquam magis apparere quam in lusu: si cui ad dolos, ad mendacium, ad rixam, ad iram, ad violentiam, ad arrogantiam propensius ingenium, hic emicat naturæ vitium. Proinde puer ingenuus non minus in ludo quam in convivio sui similis sit.

XX

DE CUBICULO

In cubiculo laudatur silentium et verecundia. Certe clamor et garrulitas indecora est multo magis in lecto.

Sive quum exuis te, sive quum surgis, memor verecundiæ, cave ne quid nudes aliorum oculis, quod mos et natura tectum esse voluit.

Si cum sodali lectum habeas communem, quietus iaceto, neque corporis iactatione vel te ipsum nudes vel sodali detractis palliis sis molestus.

Priusquam reclines corpus in cervical, frontem et pectus signa crucis imagine, brevi precatiuncula temet Christo commendans. Idem facito quum mane primum temet erigis, a precatiuncula diem auspicans: non enim potes ab omine feliciore.

Si es la competición con otros más inexpertos y puedes tú ganar siempre, consiente de vez en vez que se te venza, a fin de que sea más animado el juego. Si se juega con inferiores, allí olvídate de que eres su superior. Por placer ha de jugarse, no por mor de ganancia.

Dicen que la índole de los niños en sitio alguno se manifiesta más que en el juego: si uno tiene un carácter un tanto propenso a las trampas, al embuste, a la reyerta, a la ira, a la violencia, a la arrogancia, aquí destella el vicio de natura. Sea, por tanto, el niño biennacido no menos en el juego que en el convite semejante de sí mismo.

XX

DEL DORMITORIO

n el dormitorio se alaba el silencio y la vergüenza; ya de por sí el griterío y la charlatanería son indecorosos, mucho más en el lecho.

Así cuando te desnudes como cuando te levantes, acordándote del pudor, guárdate de descubrir a los ojos de otros lo que usanza y natura quisieron que estuviera cubierto.

Si con un camarada tienes lecho común, estáte echado tranquilo, y no vayas con la agitación del cuerpo o bien a descubrirte tú o bien, quitándole las ropas, a darle molestias a tu camarada.

Antes de que recuestes tu cuerpo sobre la almohada, persígnate frente y pecho con la señal de la cruz, encomendándote a Cristo con una breve oracioncilla; lo mismo haz cuando a la mañana te pongas lo primero en pie, con breve plegeria inaugurando el día, pues con más feliz auspicio no puedes comenzar.

Simul ac exoneraveris alvum, ne quid agas nisi prius lota facie manibusque et ore proluto.

* * *

Quibus contingit bene nasci, his turpe est generi suo non respondere moribus. Quos fortuna voluit esse plebeios, humiles, aut etiam rurestres, his impensius etiam adnitendum est, ut quod fors invidit, morum elegantia pensent. Nemo sibi parentes aut patriam eligere potest, at ingenium moresque sibi quisque potest fingere.

* * *

Colophonis vice addam præceptiunculam, quæ mihi videtur propemodum primo digna loco: maxima civilitatis pars est, quum nusquam delinquas, aliorum delictis facile ignoscere, nec ideo sodalem minus habere charum, si quos habet mores inconditiores: sunt enim qui morum ruditatem aliis compensent dotibus; neque hæc ita præcipiuntur, quasi sine his nemo bonus esse possit. Quod si sodalis per inscitiam peccet, in eo sane quod alicuius videtur momenti, solum ac blande monere, civilitatis est.

* * *

En cuanto hayas descargado el vientre, no te pongas a hacer cosa alguna sin antes lavarte cara y manos y enjuagarte la boca.

* * *

A quienes les tocó en suerte ser de buena cuna, deshonoroso les es no responder a su linaje con sus maneras; aquellos que Fortuna quiso que fuesen plebeyos, de condición humilde y aun campesina, con más empeño aún les toca afanarse en que aquello que la suerte les rehusó lo compensen con la elegancia de sus maneras. Nadie puede para sí elegir padres o patria; pero puede cada cual hacerse su carácter y modales.

* * *

Séame dado añadir a guisa de colofón un preceptillo que a mí me parece casi casi que digno del lugar primero: parte principal es de la urbanidad que, en tanto que tú no cometes falta alguna, fácilmente disculpes las faltas de los otros, y no tengas en menos estima a un compañero por el hecho de que tenga algunas maneras un tanto desaguisadas; pues hay quienes la rudeza de sus maneras la compensan con otras dotes; ni se dan aquí estos preceptos en la idea de que sin ellos nadie pueda ser bueno. Pero si por ignorancia peca tu compañero en algo en todo caso que parezca de cierta importancia, advertírselo a solas y amablemente es de urbanidad.

* * *

Hoc quicquid est muneris, Henrice fili charissime, universo puerorum sodalitia per te donatum esse volui, quo statim hoc congiario simul et commilitonum tuorum animos tibi concilies, et illis liberalium artium ac morum studia commendes. Præclaram indolem tuam Iesu benignitas servare dignetur semperque in melius provehere.

* * *

Datum apud Friburgum Brisgoviæ, Mense Martio, Anno MDXXX.

Esto es lo que, valga para lo que valga, hijo mío carísimo Enrique, quise que por medio de ti les fuese dado en regalo a la compañía toda de los niños del mundo, a fin de que al punto, con este donativo, a la vez que te granjeas tú los ánimos de tus camaradas, a la vez les hagas a ellos estimables los estudios de las artes liberales, y de las buenas maneras. Que tu preclara índole se digne la benignidad de Jesús guardarla y por siempre hacerla adelantar a mejoría.

* * *

Dado en Friburgo de Brisgovia, en el mes de marzo, año de 1530.



Comentario

Ningún introductor más justificado que Norbert Elias para comentar esta obra de Erasmo, ya que fue él quien ha explorado un territorio antes prácticamente desconocido que, a partir de sus trabajos, ha cobrado cada día más relieve: la sociología del cuerpo, la sociología de la vida cotidiana. En su libro, *El proceso de la civilización*¹ logra a un tiempo, cosa inusual en sociología, divertirnos e ilustrarnos acerca de los procesos que durante más de cinco siglos nos han convertido en «civilizados». En su primera parte, y tomando como punto central de referencia el *De civilitate morum puerilium*, analiza toda una serie de textos de urbanidad para mostrar cómo los usos, las costumbres, los hábitos, los modelos y códigos que rigen nuestras acciones y relaciones y que, frecuentemente, se aceptan como «naturales», son el resultado de un largo, lento y a veces penoso aprendizaje.

Norbert Elias y la civilización de las costumbres

¿Por qué ocupa este texto de Erasmo un lugar privilegiado en la reflexión de Norbert Elias? Sin duda, porque considera

¹ NORBERT ELIAS: *El proceso de la civilización*, FCE, 1988. Esta obra se publicó con el título *Über den Prozess der Zivilisation* en 1939. Se vuelve a reeditar en Alemania en 1969 y se traduce poco después al inglés y al francés.

con razón que marca una ruptura respecto a la tradición medieval, a la vez que inaugura la concepción moderna del bien vivir, del «savoir-vivre». El *De civilitate...* se publica por vez primera en 1530, y antes de que muera su autor se reimprime más de treinta veces. Se han localizado más de ciento treinta reediciones de esta obrilla, considerada «menor», a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII. Muy pronto se traduce al inglés, al francés, al alemán y al checo, y aparece ahora por vez primera en castellano en la magnífica traducción de Agustín García Calvo².

Durkheim, en *L'évolution pédagogique en France*, señala cómo Erasmo concede a la urbanidad una importancia tal, que hace de ella uno de los objetos esenciales de la educación: «Es la primera vez que este tema se trata de una forma especial, metódica y amplia; es la prueba de que este gusto acaba de nacer. Por otro lado, el extraordinario éxito que tuvo este librito demuestra que tal tendencia era general de la época, que respondía a una aspiración confusamente percibida.» Y señala además cómo Rabelais conecta con esta nueva corriente, al oponer a la instrucción zafia y torpe que los profesores de la Sorbona dan a Gargatúa, la perfecta etiqueta, la cortesía de Eudemón, pajecillo «tan bien peinado, limpio y aderezado, tan comedido en su trato, que más bien parecía un angelote que un hombre³». Pero además también, muy pronto esta obrilla de Erasmo adoptará la forma de *catecismo* y será utilizada como manual en las escuelas de niños.

² Existe una edición bilingüe en catalán y latín de principios de siglo: *Llibre de Civilitat Pueril*. Ara per prima volta publicat en català. Traduhit et anotat per J. Pin y Soler. Barcelona, Lliberia l'Avenc, 1912.

³ EMILE DURKHEIM: *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas* (La evolución pedagógica en Francia). La Piqueta. Madrid, 1982, p. 254. Más adelante señala Durkheim cómo la crítica erasmiana de la escolástica -*Antibárbaros*- pasa también por reprochar a los dialécticos su rusticidad, sus gritos ensordecedores y sus groseras maneras (p. 250 y ss.).

Erasmus, como indica Norbert Elias, desplaza el término clásico *civitas* y lo sustituye por *civilidad*. Término que servirá a la sociedad europea de la época para definirse a sí misma. De él se derivarán *civilité*, *civility*, *civilità* y *zivilität*. Conviene añadir, dado que este sociólogo no estudia el caso español, que aquí el término no tendrá tanta fortuna y no logrará imponerse. En su lugar se utilizará buena crianza, buenas maneras, cortesía, cortesanía, y más tarde, urbanidad.

Para mostrar el carácter paradigmático del *De civilitate...*, Norbert Elias parte del estudio de las reglas medievales de cortesía y prolonga su investigación a través de los siglos posteriores hasta llegar al siglo XX, poniendo especial énfasis en las transformaciones que tuvieron lugar en el siglo XVI. Comprueba cómo las buenas maneras se definían en la Edad Media mediante un término preciso: *cortesía*. Dicho término evidencia su lugar de gestación: las cortes caballerescas medievales. A través de las reglas que presiden la nobleza de costumbres, la aristocracia feudal expresa la conciencia de su propia valía, de sus modos de vida y se diferencia de otros grupos sociales. Tales reglas reflejan el contexto de época, al tiempo que ponen de manifiesto formas específicas de relación. Si los caballeros medievales cogían la carne con los dedos de un mismo plato, bebían el vino en la misma copa o sorbían la sopa del mismo cuenco, también mantenían entre ellos relaciones distintas a las nuestras. Vivían en un mundo de contrastes, en un universo un tanto dicotómico: el bien y el mal, Dios y el demonio, el amigo y el enemigo, el placer y el displacer, el valor y la cobardía... Su «economía afectiva» era diferente a la nuestra, ya que entonces no existía «ese muro invisible de reacciones afectivas erigiéndose entre los cuerpos, rechazándolos y aislándolos, muro cuya presencia se percibe hoy a través de un simple gesto de acercamiento físico, a través de un objeto que ha tocado las manos o la boca de otra persona; se manifiesta igualmente en el senti-

miento de disgusto que experimentamos cuando asistimos a determinadas funciones físicas y, frecuentemente, sólo con evocarlas; se manifiesta, por último, en el sentimiento de vergüenza que nos invade cuando algunas de nuestras funciones físicas se exponen a la mirada de los otros, e incluso a veces cuando nos hacemos conscientes de su existencia⁴».

A finales de la Edad Media, estos guerreros violentos, en perpetua lid, extremados en sus sentimientos y afectos, suficientemente fuertes como para ceder frecuentemente a sus impulsos, comienzan a regular sus modos de vida, a imponerse normas cuando celebran abundantes banquetes; se transforman en cortesanos domesticados. Las estructuras sociales y mentales de los países europeos occidentales comienzan a ser trastocadas en profundidad. José Antonio Maravall estudia, refiriéndose a España, cómo en la segunda parte de la Edad Media se inicia un proceso de secularización, correlativo a cambios económicos y culturales, que posibilita la aparición de la cortesía. A través de una serie de obras tales como la *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes*, *El caballero Cifar*, el *Llibre de Cortesía*, las *Flores de Filosofía* y otras, muestra cómo el saber cortesano se convierte en una concepción moral de las relaciones con los demás, en una doctrina o disciplina de vida. Su acostumbrada sensibilidad le conduce a percibir cómo ese saber moral destinado a regular la vida de sociedad se identifica con la forma de vida de ciertas clases sociales, ya que «en el alto linaje y grandes riquezas está guardado el tesoro de la virtud y del saber⁵».

⁴ NORBERT ELIAS: *La civilisation des moeurs*. Calmann-Lévy. París, 1973, p. 117.

⁵ JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Estudios de Historia del pensamiento español*. Ed. de Cultura Hispánica. Madrid. 1967 (Edad Media. Serie primera), p. 263 y ss.

El *De civilitate...* de Erasmo, al igual que las obras de otros humanistas, se inscribe en un momento de transición. De ahí que al tiempo que recoge preceptos medievales introduzca también nuevas tentativas. Responde, como muy bien ha visto Durkheim, a nuevas necesidades sociales. Por ello, los cambios que opera respecto a las del mismo género que le preceden no son únicamente modificaciones relativas a las buenas maneras, sino también al estilo mismo, al tono, al modo de enfrentarse a las diversas cuestiones. La fuerza, claridad y encanto con que Erasmo trata los usos y costumbres de su época adquieren la marca de un enfoque personal y son el síntoma de que está en marcha un importante proceso: la creciente individualización. Este periodo histórico de reestructuración, que sucede al debilitamiento de la jerarquía medieval y precede a la formación de la sociedad estamentaria moderna, permitirá a intelectuales «seculares» como Erasmo no sólo adquirir una posición de prestigio, sino también mantener una cierta independencia de criterio; independencia que no les impedirá, sin embargo, sentirse más próximos a las clases pudientes que al resto de los grupos sociales. De todos modos, y a medida que se consolidan las jerarquías de la Edad Moderna, esta libertad de ideas se reducirá notablemente, pasando a ser el criterio mismo de la buena crianza la observación y preservación rigurosa de las diferencias sociales. Los moralistas no sólo escribirán entonces para la aristocracia cortesana, en gran medida se identificarán también con sus usos y costumbres.

La especial posición de Erasmo le permitirá formular reglas de civilidad sin referirse explícitamente a una clase social determinada. Frente a autores coetáneos suyos de la talla de Castiglione o Della Casa, que se dirigen al hombre de honor, al cortesano, al gentilhomme, las máximas erasmianas afectan a un público mucho más amplio. Para referirse a cosas, acciones y hábitos de su tiempo utilizará un lenguaje

directo, relajado, chispeante; mas esas «libertades» escandalizarán pronto a los moralistas de la Contrarreforma. De todo lo dicho no se sigue, sin embargo, por su parte, un igual acercamiento a los diferentes modos de vida entonces existentes, ya que si bien se permite a veces criticar ciertos hábitos de la nobleza, su acerada pluma atacará sin piedad a muchas de las costumbres populares y especialmente campesinas.

A partir del siglo XVI emerge, como ha mostrado Norbert Elias, una nueva clase dominante: la aristocracia cortesana, compuesta por elementos de origen social diverso. Se asiste a la puesta en marcha de una sociedad pacificada; el control social se intensifica y los códigos del bien vivir se transforman. Con la formación de esta nueva clase social de tendencia absolutista, la civilidad se convierte en el barómetro, en el símbolo, de las buenas maneras, de la «buena sociedad». La nueva élite social difunde hacia las otras clases los buenos modales. La disciplina en las acciones, el control de la afectividad, la regulación minuciosa de determinados actos son una exigencia de las cortesanas maneras⁶. Los eclesiásticos intentarán, desde muy pronto, recristianizarlas, instituyéndose en eficaces agentes de propagación de las mismas a capas de población cada vez más amplias a través fundamentalmente de la educación que imparten en los colegios. No en vano, por ejemplo, Juan Bautista de la Salle, fundador de las Escuelas Cristianas, escribe *Les Règles de Bienséance et de la Civilité Chrétienne*, llamadas a ejercer un fuerte y duradero impacto. Este proceso de generalización de las reglas de bien vivir contribuirá a erosionar su valor a los ojos de las distinguidas clases que, en consecuencia, buscarán nuevas formas de distinción.

⁶ Véase sobre este punto el capítulo que dedica a la etiqueta y el ceremonial NORBERT ELIAS en *La sociedad cortesana*. FCE. Madrid, 1993.

En el siglo XVIII, a medida que las clases burguesas se enriquecen y acceden a posiciones sociales elevadas, el término *civilidad* perderá progresivamente fuerza –al igual que ocurre con la nobleza cortesana– y comenzará a ceder el puesto a otros términos de los cuales emergerá el de *civilización*. Cortesía, civilidad y civilización corresponden para Norbert Elias a tres etapas importantes de la sociedad occidental. Señalan tres momentos de codificación y ritualización de la vida cotidiana en los que sobreviven ciertas reglas y surgen otras, en los que se perfilan variantes nacionales y de clase, pero también en los que se moldea una tendencia que, con fluctuaciones y ritmos variables, conduce a una cierta uniformización y generalización de las normas que deben ser observadas en una sociedad considerada civilizada. Para este sociólogo alemán, la civilización implica la puesta en marcha de una red de restricciones que tienden a la atenuación de los excesos y a un control cada vez más individualizado. ¿Qué criterios y qué intereses sirven de soporte a las reglas de civilidad? ¿En función de qué valoraciones se establece la línea que demarca lo permitido y lo prohibido? Aunque resulte un tanto difícil de creer, las razones en que se fundan las buenas maneras en los albores de la Edad Moderna son casi exclusivamente de orden social y moral. Los juicios que se aducen responden a criterios de distinción social, a valoraciones de determinados grupos o estamentos. En suma, las buenas maneras son tales porque las practica una élite, un círculo distinguido de personas dotadas de «sensibilidad», «delicadeza» y poder para decidir lo que está bien o está mal, lo que se debe hacer o lo que es preciso evitar para no ser un rústico, un patán, un artesano, un pueblerino, un villano, un aldeano... El conocimiento racional no ha sido, por tanto, para Norbert Elias un agente motor en la civilización de las costumbres. De hecho habrá que esperar hasta el siglo XVIII para que los libros de urbanidad integren criterios

relacionados con la salud y la higiene, criterios que pueden aparecer alguna vez en textos anteriores, pero sin apenas peso específico.

Es también en el siglo XVIII cuando, al «triunfar» la burguesía, la familia se erige en el principal instrumento de inculcación y trasmisión de las reglas de urbanidad. La sociedad burguesa introducirá nuevas modificaciones en los rituales de interacción: los contactos se acentúan, la división social del trabajo aumenta, las relaciones de dependencia se transforman y hacen menos visibles. Las nuevas dependencias establecidas por la burguesía son distintas de las de la aristocracia cortesana y, en más de un sentido, más constrictivas y pronunciadas. El control y represión de las pulsiones se basaban en la sociedad cortesana en el respeto que se debía a las personas de rango social elevado; con el acceso de la burguesía al poder se fundarán en criterios menos visibles, pero también coactivos en correspondencia con una intensa y compleja interdependencia social. Las sociedades en las cuales se atenúa la desigualdad entre los grupos suelen exigir de sus miembros un alto grado de disciplina y autodomínio. Al no existir agentes reconocidos que explícitamente establezcan los límites entre lo permitido y lo prohibido, para relacionarse, para trabajar conjuntamente, es necesario adoptar precauciones, intensificar las tácticas de interacción. Tanto la sociedad cortesana como la burguesa son, en consecuencia y pese a sus diferencias, sociedades domesticadas, sometidas. Este proceso de sometimiento, de «civilización» se intensifica en las clases altas, quienes precisamente por su mediación adquieren una identidad que les permite diferenciarse y distinguirse del resto de los grupos sociales.

La buena crianza en la España de la Reforma y de la Contrarreforma

Como se ha señalado, el *De civilitate...* no se tradujo al castellano hasta la presente edición. Ello no significa, sin embargo, que no ejerciese en España un cierto influjo pese a que éste parece haber sido notablemente menor que en otros países europeos. Existen en el mismo siglo XVI al menos tres reimpressiones de la obra en latín: dos en Valencia (1544 y 1552) y una en Barcelona (1568). Pero además algunas de las reglas recogidas en ella flotan ya en el ambiente debido especialmente a Vives y a su *Introducción a la sabiduría*. Serán divulgadas a lo largo del siglo XVI no sólo a través de *Exercitatio linguae latinae* (más conocida por *Diálogos*), del mismo Vives, sino también por los escritos de ciertos erasmistas españoles, entre los que sobresale el célebre Palmireno.

Parece pertinente plantearse, de todos modos, por qué su opúsculo no logró en este país el resonante éxito que alcanzó en otros y por qué no triunfó tampoco el término *civilitas*. Varias parecen haber sido las razones que han contribuido a ello. Por una parte, es uno de los escritos tardíos de Erasmo, por lo que no coincide con el momento de auge del erasmismo cuando representantes de la vida intelectual y religiosa española se aglutinaban en torno a la figura del divino humanista. Por otra parte, parece haber jugado también un papel de desplazamiento el triunfo de la corriente italiana, especialmente *El Cortesano*, de Castiglione, traducido por Boscán y publicado por vez primera en Barcelona precisamente en 1534, y el *Galateo*, de Della Casa, al que tampoco faltaron seguidores españoles. *El Cortesano* no sólo se reeditará varias veces durante el siglo XVI (1540, 1544, 1549, 1574, 1581) y en siglos posteriores, sino que además tendrá imitadores, como, por ejemplo, Luis Milán, quien publica su

obra del mismo título, *El Cortesano*, en Valencia en 1561. Obra superficial y farragosa, que, por cierto, poco tiene que ver con el impecable estilo de Boscán. En menor escala sucede algo similar con el *Galateo*, que será editado varias veces en el siglo XVI y traducido libremente por Lucas Gracián Dantisco, quien publica, también en Valencia, en 1601, el *Galateo español*⁷. Por último, conviene considerar las diferencias de estructura, dinámica social y mentalidad existentes en la España de entonces respecto a la de otros países europeos, que se reflejan en la casi inexistencia de obras de urbanidad de producción propia en sentido estricto. En la España imperial y católica, las normas que rigen los buenos modales aparecen generalmente integradas en los libros de buena crianza. Ya Erasmo señalaba al comienzo de su tratado cómo la formación de la niñez constaba de muchas partes: además de la urbanidad en las buenas maneras está la piedad, las buenas letras y la instrucción en los oficios y deberes de la vida. De ahí que los humanistas y moralistas católicos las incluyan en los manuales de educación.

Estas diferencias se manifiestan todavía más claramente si consideramos, como muestra Margarita Morreale, que Boscán opera en la traducción castellana de *El Cortesano* ciertos cambios de terminología significativos. Y así, por ejemplo, ciudadano y civil desaparecen prácticamente en la versión castellana. Igualmente, gentilhomme –término que tanto peso tendrá en Inglaterra, *gentleman*, o en Francia, *gentilhomme*– será traducido por Boscán como caballero, galán, hombre de bien⁸... Pero incluso cortesano y cortesanía, que

⁷ Sería interesante saber si en Cataluña y en Valencia el término civilidad logró imponerse, dada la enorme difusión de este tipo de literatura en estos países. Así parece indicarlo el título con el que aparece *De civilitate*... en la mencionada edición catalana.

⁸ Véase MARGARITA MORREALE: *Castiglione y Boscán. El ideal cortesano en el Renacimiento español*. Estudio léxico-semántico. Madrid, 1959, 2 t.

en un primer momento se usan con frecuencia, se irán progresivamente desluciendo al pasar a significar sobre todo las elegantes maneras mundanas, mientras que, por el contrario, cortés y cortesía seguirán gozando de un alto valor y serán utilizados por los moralistas españoles del XVII preferentemente.

¿La casi ausencia de términos tales como civil, ciudadano, civilidad –en la medida en que el lenguaje reenvía a realidades– indica que en España no se consolida el proceso de secularización que entonces se expande por Europa? No tenemos datos suficientes para hacer afirmaciones tajantes, si bien puede pensarse que tal proceso se ha visto aquí frenado por la incidencia que tuvo la lucha antiluterana. De hecho, sobre todo en el siglo XVII, existe una corriente en la que *el caballero perfecto* se perfila como la encarnación del ideal caballeresco medieval fundido con el espíritu de la Contrarreforma.

Veamos ahora más de cerca cómo se generalizan en España las reglas de civilidad a las que Erasmo concede tan singular importancia. Vives publica en 1538 *Exercitatio linguae latinae*, texto que, al igual que el de Erasmo, está dedicado a un niño de alta alcurnia (al príncipe Felipe, luego Felipe II) y que se impondrá también muy pronto como texto de escolares. Fue numerosas veces reeditado y traducido a varias lenguas: francés, alemán, polaco..., y en él, Vives, como buen moralista, intenta no sólo que los niños aprendan fácilmente el latín, sino que al tiempo se instruyan en la buena doctrina: «Si hicieras lo que te digo, escribe, lograrás la educación, la urbanidad verdaderas y firmes, y aun lo que ahora llamamos cortesanía; entonces serás bienquisto y grato a todos, aunque tú no cuides de conseguirlo.» No sólo trata en este librito los grandes temas desarrollados ocho años antes por Erasmo (cómo levantarse, lavarse, vestirse, estar en la mesa, comportarse en los juegos...), sino que además lo hace en términos muy parecidos: «No hay cosa más bella y

digna del hombre que la limpieza y la urbanidad en el comer y el vestir.» Tales coincidencias no resultan, por otra parte, extrañas si se tiene en cuenta que los humanistas retomaron y adaptaron a su tiempo no pocas citas de los clásicos: Aristóteles, Platón, Quintiliano, Séneca, Cicerón, Plutarco, Horacio... Con una fidelidad todavía mayor, el prolífico humanista Juan Lorenzo Palmireno, en *El estudioso de la aldea* (Valencia, 1568), recoge la preceptiva erasmiana de la civilidad. Y es preciso resaltar que comienza su libro diciendo que el cortesano que quiere formar no es el galán que sirve a una dama, como el del conde Baltasar Castellón (nombre que se dio en castellano a Castiglione), sino «un docto mozo contrario a grosero y sucio, pues existen doctos que con sus letras agradan a todos, pero con su mala crianza los hacen huir»: «Si sentado, se os echa encima; si os habla, os da con la saliva en el rostro, o golpes en los brazos que os deja molidos.» Claro está que para Palmireno no es suya la culpa, sino del infeliz gramático que le enseñó.

En los *Documentos de crianza*, de Francisco Ledesma, impresos en 1599 y de los que se han hecho al menos quince ediciones posteriores que llegan hasta el siglo XIX, se perciben también claras resonancias de las obras de Erasmo y Vives. Estos pliegos están escritos todavía en forma de coplas, lo cual era habitual en las reglas de cortesía medievales, cuando predominaba la transmisión oral y se buscaba favorecer la memorización. La crianza es para Ledesma a modo de luz resplandeciente que encubre en los muchachos cualquier falta. Promete al niño, desde las primeras estrofas, enseñarle «cómo se ha de vestir, tratar, comer y dormir, andar quedo, estar sentado», además de «otras cosas», si es agudo y discreto. Las coplas tienen su gracejo y humor, si bien las reglas pierden en gran parte la riqueza y variedad que tenían en los humanistas, pues al mismo tiempo que se simplifican se hace más acusada la vertiente moralizante.

Si nos centramos en uno de los ámbitos de estas obras, por ejemplo en el tema «del comer», se puede comprobar que ser bien criado en este aspecto es no ser villano, ni bruto, goloso, inquieto o travieso en la mesa. Claro, que en Erasmo no domina de este modo la definición en negativo: el niño en los convites ha de ser moderado, respetuoso, honesto, bien nacido, amable, es decir, lo contrario a intemperante, huraño, perruno, indecoroso, pueblerino, incivil, hampón, glotón, gatuno, bandolero, puerco, demente, macho cabrio o rústico. La civilidad se muestra, pues, no sólo como el arte de diferenciarse de las clases populares, sino también de los animales. A partir de este momento, los conflictos sociales, los enfrentamientos de clase se inscribirán en el cuerpo y se reflejarán en él.

Si continuamos con el tema del comer –ya que no podemos abarcar todo en este breve comentario–, los distintos autores nos permiten conocer los ceremoniales que han de presidir el buen comportamiento en la mesa. Nos ilustran además acerca de los utensilios que entonces se utilizaban en los banquetes: manteles, fuentes, copas, cuchillos, platos... Todavía no se había impuesto ni el tenedor ni la cuchara individuales; tampoco la servilleta o el pañuelo tenían funciones bien determinadas (servían para limpiarse desde las manos hasta las narices, aunque este último uso comenzaba a estar mal visto), y se colocaban en el hombro o en el antebrazo izquierdo. La nueva reglamentación impide coger las viandas –carne, pan, fruta, etc.– con la mano. Los manjares deben tomarse con dos o tres dedos. Se prohíbe meter los dedos en la fuente, elegir el mejor bocado, comer a dos carrillos, poner los codos encima de la mesa, enfriar la sopa soplando... En suma, entran en vigor muchas de las normas que, con mayor o menor fortuna, han intentado inculcarnos desde niños. Gracián Dantisco expresa gráficamente lo que no debe hacer el bien criado: «A aquellos que vemos a mane-

ra de puercos con el hocico en la comida, del todo metidos, y sin alzar la cara ni remover los ojos, y mucho menos las manos de la vianda y con entrambos carrillos llenos, que es como si tañesen trompeta o soplasen la lumbre, esto, por cierto, no sería comer, sino engullir, los cuales, emporcando las manos hasta las muñecas, ponen de tal manera las servilletas, que las rodillas de fregar quedan más limpias, con las cuales no tienen vergüenza de limpiarse muchas veces el sudor que con la priesa que se dan a comer les corre de la frente y de la cara y alrededor del pescuezo, y que vuelta de esto se limpian también las narices; verdaderamente, los tales no deberían ser recibidos no sólo en ninguna casa polida, pero deberían ser echados de entre los hombres bien acostumbrados⁹».

A partir del siglo XVII, en las mesas de las distinguidas clases cada comensal dispondrá de servilleta, plato, tenedor, cuchara y cuchillo propios. La forma de manejar los cubiertos, sus funciones, se irán definiendo y transformando con el tiempo, ya que su uso «correcto» no surge de repente. Poco a poco, las clases altas introducirán nuevas variantes para distinguirse: los útiles de la mesa no sólo serán de materiales nobles, sino que además se inventarán baterías de cuchillos, tenedores y cucharas: carne, pescado, legumbres, postre, etc. ¿De dónde si no podría derivarse esa obsesión de la burguesía por las exhaustivas cuberterías de plata?

En resumen, a partir del siglo XVI se perfilan de forma nítida distintas estrategias de urbanidad en función de los grupos sociales, y en el interior de éstos, en función de los sexos¹⁰. Erasmo, Vives y otros humanistas viven en un

⁹ LUCAS GRACIÁN DANTISCO: *Galateo español*. Valencia, 1601, p. 27.

¹⁰ Las buenas maneras en las niñas cuentan asimismo con una literatura abundante, que parte de la *Institución de la mujer cristiana*, de Vives, y de *El Cortesano*, de Castiglione, en su parte dedicada a la dama, y se prolonga hasta el siglo XX.

momento histórico de intensa movilidad y vehiculan un ideal de universalidad que muy pronto se verá contrarrestado por programas más específicos y selectos. Los hijos de príncipes y grandes señores tendrán que prepararse para cumplir las altas funciones a que están destinados. Toda una serie de autores tratarán de definir los distinguidos usos del cuerpo que consideran más acordes con las nobles clases. Sus programas cobrarán dimensiones diferenciales en el interior de un sistema de refinamiento, etiqueta y representación. La modestia, el respeto, la humildad, la moderación no se avienen fácilmente con el tipo de identidad social que se está fraguando para la nobleza cortesana, en función de la cual cobran especial importancia, el ornato, el esplendor, la sobreabundancia de gestos y maneras, que deben siempre adoptar la marca de la «naturalidad».

Los usos sociales del cuerpo

Norbert Elias centra su análisis de la civilización en la codificación progresiva de las pulsiones o necesidades naturales: comer, escupir, orinar, defecar, dormir, impulsos sexuales, etc. No deja, sin embargo, de tratar, aunque sea de paso, otros aspectos, como el lenguaje e incluso la lógica del pensamiento. Y es que en su perspectiva teórica juega un papel importante la teoría freudiana de la represión de la libido. De ahí que se plantee la modificación que a través de los siglos han sufrido las normas del pudor, del placer y del displeacer. Desde la óptica de la represión pulsional, dichas normas aprisionan y someten cada vez más al individuo, quien con frecuencia las acepta de forma mecánica e inconsciente. Elias señala cómo la sociedad occidental ha reprimido, lenta pero imperiosamente, el componente placentero ligado a la satisfacción de determinadas funciones, provocando en su lugar sentimientos de angustia que las relegan cada vez más al

ámbito de la intimidad, de lo privado. De este modo, los individuos han sido condicionados para sentir, frente a determinadas acciones, emociones negativas, de displacer, repugnancia y embarazo. Este proceso progresivo de autocontrol e individualización puede incluso generar conflictos en las relaciones familiares, en la medida en que los padres no son conscientes muchas veces de que su pudor y sensibilidad, respecto a actos considerados «naturales», es el resultado de la interiorización de un cúmulo de preceptos, reglas, prohibiciones, censuras y presiones sociales. La civilización no se ha impuesto, pues, sin la contrapartida de sujeciones y violencias.

Frente a esta tesis de la represión me interesaría resaltar otras contribuciones que, aunque tienen menor entidad, están también presentes en la inteligente obra de este discípulo de Max Weber. Los cuerpos, a través del aprendizaje de las buenas maneras, se ven atravesados por mecanismos de distinción y de dominación que les confieren una identidad. El cuerpo elegante, distinguido, desenvuelto, bello, es construido, paso a paso, por medio de un minucioso y lento moldeamiento de gestos, acciones y habilidades. Tal construcción tiene como contrapunto y complemento el cuerpo zafio, vulgar, torpe, feo y desaliñado de los miembros de las clases populares. Esta dicotomía, perfectamente comprobable en la literatura que trata de la cortesía en el siglo XVI, se verá posteriormente recubierta por una serie de racionalizaciones que la hacen menos evidente.

El cuerpo es objeto en la obra de Erasmo de una atención especial: se convierte en el blanco de toda una regulación precisa y afinada. Antes de que pasemos a ver más en concreto cómo va a ser sometido a una normalización intensa, conviene dejar claro que el cuerpo es también el soporte de una ritualización complicada a través de la inculcación de los buenos modales, el vestido, el lenguaje, los juegos, los encuentros cotidianos o excepcionales. Pero dado que estas

dimensiones han sido ya más estudiadas –recuérdense, por ejemplo, los trabajos del propio Elias, Bourdieu, Goffman y otros–, me detendré especialmente en los aspectos más directamente «corporales» del cuerpo que con el tiempo han sido relegados y maquillados hasta pasar a un segundo plano.

Erasmus comienza justamente su obrilla refiriéndose al cuidado y arreglo que conviene dar al cuerpo, y, como habrá observado el lector, dedica una parte importante a diseñar cómo han de regularse sus acciones, gestos y expresiones. Comienza por la cara, por el semblante, al que concede una especial atención, en tanto que espejo del alma. Se detiene en los ojos, las cejas, la frente, las narices, las mejillas, la boca, los dientes, para pasar luego a la cabeza y al cabello, y más tarde, al porte, al andar, al sentarse o estar quedo. No es cuestión de volver a repetir ahora los expresivos textos que a todo ello dedica, pero sí parece oportuno reseñar, aunque sea brevemente, las contribuciones de otros autores coetáneos suyos, que si bien en muchas ocasiones lo remedan, permiten, no obstante, establecer comparaciones.

Vives en uno de sus *Diálogos* escribe: «La compostura del rostro muestra la disposición interior, y en lo exterior no hay espejo tan claro de lo interior como los ojos, por lo cual la mirada ha de ser apacible y quieta, no altiva ni baja, ni inconstante, ni se ha de mirar de hito en hito; ni el semblante debe mostrar ceño, ni ha de ser torvo, sino que debe aparecer afable y alegre. Se ha de ser limpio y puro en las palabras y en el hablar; nuestras palabras no deben ser arrogantes ni tímidas, ni bajas ni afeminadas, sino sencillas. Cuando hablemos no hemos de mover las manos, ni la cabeza, ni ladear el cuerpo, ni arrugar la cara, ni volverla hacia otro lado, ni menear los pies¹¹».

¹¹ JUAN LUIS VIVES: *Diálogos*. Espasa-Calpe. Madrid, 1969, p.142.

Palmireno sigue casi al pie de la letra a Erasmo, si bien su traducción de las reglas erasmianas no deja de tener toques personales y verdaderos aciertos de adaptación: «Tus ojos tendrás apacibles y vergonzosos y compuestos: no feroces ni desvergonzados. Si los meneas mucho a una parte y a otra te tendrán por loco; si muy abiertos, por bobo; si medio cerrados, por sospechoso y traidor...

»Aristóteles, en el libro primero, capítulo IX, *de Animalibus*, dice: Las sobrecejas extendidas denotan blando ánimo y benigno; cerradas hacia las narices, hombre áspero, enojadizo y rudo; decantadas hacia los pulsos, disimulado y burlador; caídas, envidioso. No las tengas encogidas, es señal de bravo; ni muy alzadas, denotan algún pensamiento...

»La frente ha de estar sin arrugas, que denota alegría y nobleza de ánimo. Las narices, muy limpias, y no te ensucies el brazo como hacen los que venden atún, que, no pudiendo con sus manos mojadas limpiarse, las friegan en el brazo. Si estornudas vuelve el rostro atrás. Si te suda la frente no la limpies con la mano, echando el sudor a la tierra, que es cosa de pastores; ten siempre un lienzo o paño de narices...

»La boca no esté muy apretada, que parece temes te entre el huelgo de la boca del otro; ni abierta, como bobo...

»La risa procura que tenga modestia; si de cada cosa ríes, es señal de necio; si de ninguna, de pasmado. El niño estu-dioso, sin gritos ni estruendos reirá...

»Los labios han de estar de modo que no salgan fuera, como que besas, que es cosa de bobos; ni los muerdas, que parece de pensativo; ni les estés pasando la lengua, que parece que lamiendo muestras mala inclinación...

»Mala crianza es sorberse la saliva y escupir a cada palabra sin necesidad. Al toser vuelve el rostro. Toser muchas veces hablando es señal de mentiroso. Los dientes han de estar blancos, pero blanquearlos con polvillos o zumos es cosa de mujeres; limpiarlos con sal o alumbre, dañoso para las

enciás; con meadas, sucio... Si algo tienes pegado a ellos de la comida pasada no lo quites con el cuchillo, ni con los manteles, ni con las uñas, como hacen los gatos, sino con un palillo de lentisco, o una pluma o huesecillo de pie de gallina.

»La cabeza de mañana peinarás si no quieres parecer grosero, y no has de rascarla. Acuérdate que encorvar el pescuezo y alzar las espaldas es señal de pereza; sacar el vientre y el pecho, de soberbia. El medio es bueno en toda cosa. De hipócritas es echar el pescuezo y la cabeza a un lado. Los hombros procura que estén iguales, no esté más bajo el uno que el otro. Echar los dos brazos atrás es cosa de ladrón o perezoso...

»El andar no sea muy apriesa, que te tengan por loco; ni muy despacio, por afeminado o mujeril. El hacer reverencia en el pie izquierdo o derecho seguirás lo que veas en cada tierra¹²».

Ledesma, en sus *Documentos*, también se refiere a la compostura que debe guardar el cuerpo del estudiante, aunque sin la minuciosidad y encanto de Erasmo, Palmireno o Vives. He aquí algunas de sus coplillas:

*En lavándote las manos,
la cara, ojos y oídos,
limpia los demás sentidos
que de limpios estén sanos.*

*La cabeza peinarás,
porque es cosa limpia y sana,
y una vez cada semana
las uñas te cortarás.*

¹² LORENZO PALMIRENO: *El estudioso de la aldea*. Valencia, 1568, parte primera.

*Por las calles donde fueres
anda a placer y callado,
no mirando atrás, ni al lado
como simple a lo que vieres.*

*Y mira cuando hablares,
no juegues de mano y dedos,
ten el cuerpo y los pies quedos,
en tanto que razonares.*

*Cuando causa se ofreciere
de reír, no con risadas,
menos voces y palmadas,
que enfades a quien te viere.*

*Y cuando sentado estés,
estarás quedo y derecho,
no caído sobre el pecho
ni meneando los pies.*

*Aunque tengas comezón
no te rasques en presencia
de otros, mas con prudencia
aguarda tiempo y sazón¹³.*

Por último, y para no multiplicar indefinidamente los ejemplos, veamos las fórmulas que el jesuita Lorenzo Ortiz, en *Ver; oír; oler; gustar; tocar. Empresas que enseñan y persuaden su buen uso en lo Político y en lo Moral*, ofrece para utilizar bien los sentidos. Este libro se sitúa a medio cami-

¹³ FRANCISCO LEDESMA: *Documentos de crianza* recogidos por A. PÉREZ GÓMEZ. Un tratadillo de urbanidad del siglo XVI en *Homenaje a don Antonio Rodríguez Moñino (1910-1970)*. Castaglia. Madrid, 1975, pp. 518-527.

no entre los trataditos de civilidad para niños y los preceptos destinados al cortesano. Tomemos un simple ejemplo referido al sentido de la vista: «Oiga el próximo en el hablar de nuestra vista lo que la caridad cristiana, la política civil y la cortesía atenta y afable le dijeren (...), y recibiremos en la vista de los otros dignas respuestas de amor y cortesía. No sea como el Basilico, que todo cuanto mira, mata. No sea como el Mico, que a todos provoca risa. No sea como el Escarabajo, que a la luz del sol vuelve la espalda. No mire como el Avestruz sus huevos, con tal atención que lo quiera empollar todo. Mírese lo grande con la veneración de que se conoce; lo ingenioso, con la atención de que se entiende; lo bajo, con el descuido de que se desprecia; lo hermoso, con la severidad de que no se codicia; lo feo, con la sencillez de que no se burla.» Y continúa: «La palabra libre, el mirar desenvuelto, el movimiento afeminado, la libertad en el rostro dejan lastimados los ojos de los que tienen más limpia la vista¹⁴».

En contraposición a esta civilidad dirigida a los *medianos* de condición y a los niños, examinemos muy brevemente los usos del cuerpo que se atribuyen al cortesano, quien además de claro linaje y buen ingenio ha de ser «gentil hombre de rostro, de buena disposición de cuerpo y alcanzar una cierta gracia en su gesto que le haga luego a primera vista parecer bien y ser de todos amado. Sea esto un aderezo con el cual acompañe y dé lustre a todos sus hechos, y prometa en su rostro merecer el trato y la familiaridad de cualquier gran señor». De ahí que deba mostrar en la cara una buena gravedad de hombre y parecer dulce a la vez. «Esta calidad es muy buena y suélese hallar en

¹⁴ LORENZO ORTIZ: *Ver, oír, oler, gustar, tocar. Empresas que enseñan y persuaden su buen uso en lo Político y en lo Moral*, 1636, pp. 15-16 y 61.

muchas y diversas formas de rostros, y, en fin, es tal cual yo la querría para nuestro cortesano; no regalada ni muy blanda, ni mujeril como la desean algunos, que no sólo se encrespan los cabellos y, si a manos viene, se hacen las cejas, mas aféitanse y cúranse el rostro con todas aquellas artes y diligencias que usan las más vanas y deshonestas mujeres del mundo. Estos son los que en el andar, en el estar y en todos los otros ademanes son tan blandos y quebrados, que la cabeza se les cae a una parte y los brazos a otra.» En fin, «*le conviene mucho tener la persona suelta*, y por eso cumple que sea de buena disposición y de miembros bien formados, mostrando en ellos fuerza y soltura». Para lo cual ha de adquirir destreza en las armas que se utilizan entre caballeros, ejercitándose *más que medianamente* en cabalgar, correr lanzas y justas, jugar a las cañas, cazar, danzar, saltar, tornear, nadar y correr. Y todo ello ha de hacerlo «con tan buen arte que parezca avisado y discreto y en nada le falte la buena gracia», ya que con tan diversos ejercicios «muéstranse y hónranse los caballeros en las fiestas públicas en presencia del pueblo, las damas y los príncipes¹⁵».

Frente a una vestimenta un tanto descuidada que sienta bien a los muchachos, siempre que sea aseada y no esté sucia ni descosida, el cortesano ha de ir bien vestido: «Han de ser los vestidos muy asentados, y que vengan bien a las personas, porque los que tienen vestiduras ricas y nobles (pero mal entalladas y sin aseo) no parecen ser hechas a sus cuerpos, y dan a entender una de dos cosas, o que los tales no tengan ningún cuidado de sí o que no conozcan lo que pueda ser gracia, ni mesura, ni cumplimiento alguno con las gentes¹⁶». Lope de Vega dedica a Gracián Dantisco al ini-

¹⁵ BALTASAR DE CASTIGLIONE: *El Cortesano*. Bruguera. Barcelona. 1972, p. 92 y ss.

¹⁶ LUCAS GRACIÁN DANTISCO, *op. c.*, p. 36.

cio de su libro el siguiente soneto, que da cuenta del clima de alborozo en el que se instituye la cortesía:

*Alegres nuevas, venturoso día,
dichoso bien del cielo enriquecido;
albricias os demando, albricias pido,
de la nueva que traigo de alegría.*

*Los que buscáis recato y policía,
perfecta gracia del cortés polido;
sabed por cosa cierta que ha venido,
la curiosa princesa cortesía.*

*Espejo del vivir claro dibujo,
Común provecho, aviso y noble trato,
Ofrece en cuanto pide el buen deseo.*

*Llámase el Cortesano que la trajo,
Gustoso, General, Gracioso, Grato,
Gracián, Galán, Gallardo, Galateo.*

No sólo los ejercicios de armas y la vestimenta servirán para resaltar el linaje y la calidad del noble caballero, su lenguaje será muy especialmente cuidado por los autores encargados de instituir sus esplendentes cualidades. El hablar poco y moderado, así como el guardar silencio no es cosa suya: ha de ser elocuente y persuasivo, hablar con extremada gracia y llaneza avisada, con desembarazo y sin afectación. En la conversación debe considerar la disposición de los oyentes además del tiempo, las personas con las que habla y su propia calidad y estado. Guardará siempre la autoridad, evitando pronunciar palabras sucias o hacer gestos deshonestos, tales como torcer el rostro o mostrarse desvergonzado; compondrá, por el contrario, todos sus movi-

mientos de manera que los que estén presentes imaginen por sus palabras y gestos mucho más de lo que ven y oyen¹⁷.

No es, pues, de extrañar que la naturaleza natural, la naturalidad, aparezca históricamente como propia de los grupos que tienen medios para construirla, es decir, de aquellos que viven en un mundo desembarazado de urgencias materiales, que no tienen que valerse del trabajo de sus manos para subsistir.

Richard Sennet señala cómo el cuerpo, en tanto que maniquí, y el lenguaje, en tanto que signo, satisfacen las exigencias de diversidad propias de la sociedad del siglo XVIII, al tiempo que contribuyen a definir el significado de lo *público* en relación a lo *privado*. Como dirá el conde de Chesterfield —otro de los autores de un libro de urbanidad que alcanzó gran éxito en España— a su hijo: «No investigues demasiado profundamente dentro de la verdad de la apariencia de otras gentes; la vida es más sociable si tomamos a las gentes como son y no como probablemente sean¹⁸». Esta postura del autor de las famosas *Cartas a su hijo*, así como el tono de la obra en general, merecieron el calificativo de «elegante inmoralidad» por boca de don Marcelino Menéndez Pelayo.

A finales del siglo XVIII, cuando la burguesía está a punto de tomar el poder político, sus más ilustrados representantes buscan nuevas fórmulas para legitimar sus modos de vida:

¹⁷ Respecto a la buena crianza de los nobles véase mi trabajo *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*. La Piqueta. Madrid, 1983. En esta obra muestro, asimismo, cómo la tradición inaugurada por Erasmo y Vives será sobre todo retomada por los jesuitas. En este sentido son importantes las obras de ALONSO DE ANDRADE: *El estudiante perfecto y sus obligaciones* (1643), y de GASPARD DE ASTETE: *Institución y guía de la juventud cristiana* (1592).

¹⁸ RICHARD SENNET: *El declive del hombre público*. Península. Barcelona, 1978, p. 89.

sus hábitos aparecerán en muchos casos en oposición a los de la aristocracia. La educación *brillante* que permite atraer la atención en los salones, bailar y cantar con desenvoltura y estilo, conocer lenguas y países, montar gallardamente a caballo, en fin, ser *un elegante*, comienza a ser criticada y tildada de superficialidad. Es ilustrativo a este respecto el siguiente texto de Gaspar Melchor de Jovellanos: «Son muchos los que llaman bien educado no al joven que ha adquirido conocimientos útiles, sino al que se ha instruido en las fórmulas del trato social y en las reglas de lo que llaman buena crianza, y tachan de mal educado a todo aquel que no las observa, por más que esté adornado de mucha y buena instrucción. Sin duda que estas reglas y estas fórmulas pertenecen a la educación; pero ¡pobre país el que la cifrare en ellas! Hombres inútiles y livianos devorarán su sustancia. La urbanidad es un bello barniz de la instrucción y su mejor ornamento, pero sin la instrucción no es nada, es sólo apariencia. La urbanidad dora la estatua, la educación la forma¹⁹».

He aquí, en resumen, el programa de reconversión que intenta operar la burguesía. Emerge una nueva codificación de las costumbres que descalifica el boato exterior, la sobreabundancia de gestos, las florituras, los dorados y oropeles ligados a una clase en decadencia: la nobleza. La identidad social del nuevo grupo va a fundamentarse entre otras cosas en la verdadera educación, que consiste en hacer pasar lo consciente al inconsciente. Surge con nuevos bríos el hombre interior frente al hombre exterior, renace secularizada la antigua dicotomía alma/cuerpo. Falsa dicotomía únicamente sustentada por un

¹⁹ GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS: *Memoria sobre educación pública*, en «Obras». BAE, t. XLVI. Madrid, 1963, p. 232. No obstante, los tratados de urbanidad abundan en el s. XVIII y siguientes. Todavía a principios de este siglo se publica *Educación y urbanidad del comerciante moderno*, que nos indica el grado de especialización al que llegan.

orden social basado en la dominación y la explotación de quienes venden su fuerza de trabajo, pero síntoma a la vez de una ingente mutación, porque como consecuencia de una estrategia en profundidad se va a posibilitar la construcción de la personalidad, del yo. El proceso de individualización adquiere nuevas dimensiones cuando la verdadera educación va a incardinarse en la naturaleza misma, en la esencia humana.

La interiorización de las normas sociales dominantes permitirá desde ahora la naturalización de determinados usos sociales del cuerpo que se ven transfigurados en facultades, aptitudes, inteligencia, méritos personales. El cuerpo, lo material, puede a partir de este momento desdibujarse, pasar aparentemente a un segundo plano para los miembros de la nueva clase dominante, mientras que, por el contrario, el cuerpo y la fuerza física serán el único patrimonio con que cuentan las clases trabajadoras. La burguesía ya no tendrá que basar sus poderes en la ilustre sangre ni en viejos privilegios de familia, puesto que ha fabricado sus propias armas. La nueva dominación que se instituye estará mucho más oculta: todos somos iguales ante la ley, todos podemos aspirar a ocupar posiciones sociales de poder y prestigio, ya que sólo de cada uno de nosotros depende, de nuestro esfuerzo personal y de nuestras capacidades, alcanzar el éxito social.

Datos para una sociología del cuerpo

La obra de Erasmo constituye una pieza clave a la hora de realizar una genealogía de la construcción social de la subjetividad; sin embargo, los investigadores sociales que se refieren al tema del cuerpo han ignorado en general los procesos históricos en los que se han fraguado las buenas maneras y se han tallado a buril los contornos corporales. En estos últimos años, no obstante, el cuerpo ha sido objeto, directa o indirectamente, de diversos trabajos, y todo parece indicar que estamos en la actua-

lidad ante la aparición de un nuevo campo de análisis. No quisiera, pues, cerrar este comentario sin aludir a algunas de las más importantes investigaciones que se han realizado o se están realizando en este terreno y que contribuyen a descifrar el presente.

El nuevo campo de la sociología del cuerpo parece hundir sus raíces en el saber antropológico del primer tercio del presente siglo. En torno a los años treinta, Marcel Mauss demuestra en uno de sus inteligentes trabajos que las técnicas corporales varían no sólo entre los individuos y las imitaciones que ellos hacen, sino y sobre todo con las sociedades, la educación, las reglas de urbanidad y la moda. Comprueba, por ejemplo, que la posición de brazos y manos al andar constituye una idiosincrasia social. Lo mismo ocurre con la natación y con otras técnicas que intenta clasificar. Conviene subrayar que la antropología no sirve de soporte por casualidad a las investigaciones que se están realizando actualmente en los países occidentales con el fin de aproximarse al cuerpo en su realidad social, en su multidimensionalidad y polisemia. Y es que la oposición salvajes/civilizados no es sino una retraducción de la vieja dialéctica cuerpo/espíritu. Los pueblos «primitivos» sólo pueden expresarse a través del gesto, la mímica, la danza, la acción corporal en la medida en que el espíritu, el lenguaje, el pensamiento han sido monopolizados por la «verdadera civilización». No es una casualidad que la filosofía occidental se caracterice por la ausencia de materialidad y corporalidad. Habrá que esperar a pensadores como Merleau-Ponty para que el ser-en-el-mundo heideggeriano adquiera una cierta corporeidad²⁰.

²⁰ Los ensayos de MARCEL MAUSS han sido recogidos bajo la rúbrica de *Técnicas y movimientos corporales*, en «Sociología y Antropología». Ed. Tecnos. Madrid, 1979, p. 338 y ss. El tema del cuerpo está ligado en la filosofía de MAURICE MERLEAU-PONTY a la crítica del sujeto trascendental y aparece ya en su primera obra, *La Structure du comportement*. París, PUF, 1942.

E. Goffman, al aplicar, al análisis de la vida cotidiana en nuestras sociedades, categorías y técnicas ensayadas por los antropólogos en la observación de las conductas de los pueblos llamados primitivos, prestará especial atención a los aspectos corporales. En *La presentación de la persona en la vida cotidiana* estudia los ritos de interacción y el papel importante que en ellos juega la *fachada* personal. Entre los elementos de la fachada incluye las insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes. «Es un lugar común –afirma– decir que diferentes grupos sociales expresan de manera diferente atributos tales como edad, sexo, territorio y status de clase y que en cada caso estos meros atributos son elaborados por medio de una configuración cultural distintiva y compleja de formas correctas de conducta (...). Un status, una posición, un lugar social no es algo material para ser poseído y luego exhibido, es una pauta de conducta apropiada, coherente, embellecida y bien articulada. Realizada con facilidad o torpeza, conciencia o no, engaño o buena fe es, sin embargo, algo que debe ser representado y retratado, algo que debe ser llevado a efecto²¹».

Para Goffman es la presencia de esta variada gama de recursos escénicos lo que distingue el sistema de vida de las clases medias del de las clases bajas. Evidentemente, la etiqueta y la representación imponen ciertos tributos, ya que cuanto más elevada sea la posición de una persona en la pirá-

²¹ ERVING GOFFMAN: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu. Buenos Aires, 1981 (edición original inglesa, 1959), p. 86. Una perfecta ilustración literaria de las tesis de Goffman es la magnífica novela de THOMAS MANN *Confesiones del estafador Felix Krull*.

mide social, menor será el número de interlocutores con los que podrá portarse con familiaridad y mayores las exigencias sociales para que adapte su conducta a las normas de cortesía y decoro que por su posición le corresponden. Claro, que esos «dulces» tributos no tienen nada que ver con los que pagan quienes ocupan los puestos más bajos de la sociedad en internados e instituciones totalitarias: la imaginación no tiene cabida en un mundo en el que los papeles a representar están rígidamente codificados²².

En la década de los setenta han surgido varios trabajos que amplían el campo de análisis. Es precisamente entonces cuando se redescubre la obra de Norbert Elias y cuando pensadores como Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Luc Boltanski, entre otros, avanzan toda una serie de materiales destinados a mostrar que las relaciones de poder penetran los cuerpos y que la desigual distribución de las propiedades corporales entre los grupos sociales se realiza en virtud de mediaciones tales como las condiciones de trabajo, los hábitos alimenticios, el gusto estético y, en general, a través de las distintas formas de socialización. Son estos estudios los que han contribuido a cuestionar la definición dominante de los usos correctos del cuerpo mediante la cual nuevas fracciones de la burguesía erigen en norma universal sus formas de vivir y de manifestarse.

Michel Foucault muestra cómo las disciplinas constituyen un arte del cuerpo humano destinado a fabricar sujetos útiles y dóciles. La minuciosidad de los reglamentos, las inspecciones, el control de pequeñas parcelas de la vida tendrán por objeto la obtención de individuos disciplinados y sumisos. A partir esencialmente del siglo XVIII se instaure una codifica-

²² En este sentido, y como reconoce el propio Goffman, su obra *Asylums* (*Internados* en castellano) constituye el reverso de *La presentación de la persona en la vida cotidiana*.

ción instrumental de los cuerpos, una sintaxis de gestos y movimientos que harán posible el nacimiento del proletariado en tanto que cuerpo productivo²³. La domesticación de la fuerza de trabajo, el control de las condiciones de vida de las clases populares, la canalización de su fuerza y el moldeamiento de sus cuerpos pasa por un enjambre de instituciones disciplinarias en donde la anatomía del cuerpo constituye una pieza central. En realidad, tales programas ortopédicos son el reverso de las normas de civilidad y distinción destinadas a dar lustre y esplendor a quienes por su elevado origen aparecen como los destinatarios «naturales» de los más elevados destinos.

«Es preciso en principio descartar –escribe Foucault– una tesis muy extendida según la cual el poder en nuestras sociedades burguesas y capitalistas habría negado la realidad del cuerpo en provecho del alma, de la conciencia, de la idealidad. En efecto, nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder... ¿Cuál es el tipo de inversión sobre el cuerpo que es preciso y suficiente para el funcionamiento de una sociedad capitalista como la nuestra? Pienso que desde comienzos del siglo XVIII hasta comienzos del XX se ha creído que la dominación del cuerpo por el poder debía ser pesada, maciza, constante, meticulosa. De ahí esos regímenes disciplinarios formidables que uno encuentra en las escuelas, los hospitales, los cuarteles, los talleres, las ciudades, los inmuebles, las familias... y después, a partir de los años sesenta de este siglo, se da uno cuenta de que este poder tan pesado no era tan indispensable como parecía, que las sociedades industriales pueden contentarse con un poder sobre el cuerpo mucho más relajado. Se descubre entonces

²³ Sobre este tema véase el sugestivo estudio de DIDIER DELEULE y FRANÇOIS GUERY: *Le corps productif*. Maison Mame. París, 1972.

que los controles de la sexualidad podían atenuarse y adoptar otras formas. Queda por estudiar de qué cuerpo tiene necesidad la sociedad actual²⁴».

Pierre Bourdieu ha intentado avanzar algunas hipótesis sobre la necesidad a la que alude Foucault. En *La distinción*, sirviéndose de una afinada metodología, analiza cómo se configura la *hexis corporal* en relación al gusto estético, la alimentación, la vestimenta, el deporte, la moda, la educación, es decir, refiriéndose a los distintos *estilos de vida* de las diferentes clases sociales.

La experiencia de vivir y de percibir el propio cuerpo desde la gracia, la soltura, la seguridad y el encanto, o, a la inversa, desde la torpeza, la timidez, la inseguridad y el embarazo, se manifiesta con probabilidades distintas según la posición social que se ocupe; y depende del poder de imponer a los otros como representación objetiva del cuerpo la representación que uno se hace de sí mismo. Esta imposición resulta más fácil cuando la visión dominante del cuerpo y de sus usos es desconocida como tal, cuando se percibe no como arbitraria, sino como natural.

Una de las finalidades del importante trabajo de Bourdieu es contribuir a evitar el reconocimiento que implica tal desconocimiento.

En *La distinción* existen páginas especialmente lúcidas destinadas a poner en evidencia cómo determinados especialistas, «con la convicción íntima del desinterés que está en el fondo de todo proselitismo», contribuyen en la actualidad a definir los usos legítimos del cuerpo. «Médicos y dietéticos que imponen con la autoridad de la ciencia su definición de *la normalidad*, tablas de relaciones entre el peso y la talla del

²⁴ MICHEL FOUCAULT: *Microfísica del poder*. La Piqueta. Madrid, 1980, pp. 105-106.

hombre normal, regímenes alimenticios equilibrados, o modelos de satisfacción sexual; modistos que sancionan el buen gusto tomando como punto de referencia las imposibles medidas de los maniqués; publicitarios que encuentran en los nuevos usos obligados del cuerpo la ocasión para lanzar numerosas llamadas al orden (vigilad el peso, etc.); periodistas que hacen ver y valer su propio arte de vivir en las publicaciones y revistas femeninas; todos, en fin, concurren, en la concurrencia que a veces les enfrenta, a hacer progresar una causa a la que sirven bien, porque no siempre tienen conciencia de servirla, ni incluso de servirse a sí mismos a través de ella. No puede comprenderse la aparición de esta nueva pequeña burguesía que pone, al servicio de su función de intermediaria entre las clases, nuevos instrumentos de manipulación (...), más que refiriéndose a las transformaciones del modo de dominación. Y así sustituye la represión por la seducción, la fuerza pública por las relaciones públicas, la autoridad por la publicidad, las maneras duras por las maneras dulces, y espera la integración simbólica de las clases dominadas más de la imposición de necesidades que de la inculcación de normas²⁵».

Para Bourdieu, los esquemas de clasificación social a través de los cuales se percibe y aprecia el cuerpo no sólo están fundados en la división social del trabajo, sino también en la división sexual del mismo. Las oposiciones corporales que reenvían al sexo masculino y femenino adoptan y reciben valoraciones diferentes según las distintas clases sociales, y marcan, en consecuencia, esa relación durable y generalizada que cada uno de nosotros mantenemos con el propio cuerpo: *la hexis corporal*.

²⁵ PIERRE BOURDIEU: *La distinction. Critique sociale du jugement*. Minit. París, 1979, p. 172.

En los años de despegue del capitalismo occidental surgen ciertos cambios en las costumbres que tienen una visible incidencia en los ámbitos de la moda, la música, los espectáculos... Estas transformaciones, en la medida en que se oponen a las formas tradicionales de vida, serán percibidas como una liberación, una cierta relajación de los códigos de control que afectan a los cuerpos. El «streaking», el nudismo, la vestimenta de los jóvenes, las performances, el contacto con las filosofías orientales, la oposición a la guerra, parecen anunciar un nuevo umbral en la disposición del propio cuerpo. ¿Estos síntomas significan de hecho una liberación? ¿Se trata de una contestación al proceso civilizador? ¿Tocan los buenos modales a su fin? Todas estas modificaciones del comportamiento están ligadas a transformaciones sociales importantes que reflejan un aumento del poder social de las mujeres, el establecimiento de nuevos tipos de relación entre los sexos, la incidencia de determinados movimientos juveniles en la vida social. Los sociólogos no han proporcionado respuestas apresuradas a la hora de enfrentarse a estos complejos procesos en la medida en que están todavía en marcha, y no se sabe si su dinámica llegará a materializarse en parcelas efectivas de libertad.

De todas formas, actualmente parecen perfilarse nuevas tendencias que coexisten con las de las décadas pasadas. En un momento de crisis, cuando la denominada movilidad social se estanca, los buenos modales, la urbanidad, el saber actuar con elegancia, en fin, los mecanismos de distinción resurgen como un instrumento que ayuda a escalar posiciones de prestigio. Un nuevo grupo irrumpe con fuerza en la escena social, marcando con su dinamismo y polivalencia un nuevo estilo de vida: los cuadros, los eficaces ejecutivos. Luc Boltanski ha mostrado la formación de este grupo situado a medio camino, como si se tratase de una tercera

vía, entre el colectivismo y el capitalismo²⁶. Este colectivo puede ser caracterizado por lo que ha sido denominado el síndrome de los YARVIES (sigla correspondiente a Young, Attractive, Rich, Verbal, Intelligent, Educated, Sympathetic). Además de cuidar con esmero su imagen corporal y las relaciones interpersonales, su lenguaje y su presentación en general aparecen rotulados por los principios de la empatía, la comunicación, la creatividad, la espontaneidad, en suma, la adaptabilidad. Son los *managers* que buscan a todo coste el éxito y el rendimiento. Son el más claro exponente de la nueva civilización de la eficacia y el narcisismo. En este sentido resulta igualmente revelador el resonante triunfo que en USA está logrando *Miss Manners*, quien con sus sabios y cuidadosos consejos ayuda a los ejecutivos americanos y a otros miembros de las capas medias a conseguir la seguridad y soltura soñadas en las más variadas situaciones, es decir, contribuye a fabricar el nuevo polvo de estrellas.

10 de diciembre de 1984.

JULIA VARELA

²⁶ LUC BOLTANSKI: *Les cadres: la formation d'un groupe social*. Minuit. París, 1982. Boltanski es uno de los sociólogos que ha mostrado una gran sensibilidad en relación al cuerpo en tanto que producción social. Véase, por ejemplo, su obra *Los usos sociales del cuerpo* (Periferia. Buenos Aires, 1975), así como *Puericultura y moral de clase* (Laia, Barcelona, 1974).

*E*n 1530, seis años antes de su muerte, Erasmo de Rotterdam entregaba a la imprenta un breve texto titulado *De civilitate morum puerilium*, dedicado al Príncipe niño Enrique de Borgoña. Este opúsculo conoció en los países europeos un éxito sin precedentes.

El trabajo de Erasmo inaugura un nuevo campo de saber y de poder, ya que por vez primera las buenas maneras se van a ver sometidas a un tratamiento sistemático y específico.

Frente a los que sostienen que la educación ha tenido como finalidad primordial el cultivo del espíritu, la saga de obras de urbanidad iniciada por Erasmo muestra más bien que el cuerpo fue y sigue siendo su soporte real, material y simbólico.

ISBN 84-369-4172-1



9 788436 941722